LA DULCE ESPÍA NAVARRA

JOSE LUIS VÉLAZ

Y, además, la sátira:

EL GRAN DEBATE ELECTORAL

LA DULCE ESPÍA NAVARRA

JOSE LUIS VÉLAZ

Y, además, la sátira:

EL GRAN DEBATE ELECTORAL

LA DULCE ESPÍA NAVARRA

LA DULCE ESPÍA NAVARRA

José Luis Vélaz

Primera edición: septiembre 2020

© La dulce espía navarra

© El gran debate electoral

© Jose Luis Vélaz Negueruela.

Imagen de portada:

Tissen Vadim - stock.adobe.com.

Edita: Ulzama ediciones.

Maquetación e impresión: Ulzama Digital.

ISBN E-book: 978-84-122579-2-2

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

La inteligencia es sublime;

el ingenio bello;

la audacia es grande y sublime.

Immanuel Kant

Salvo concretas excepciones se ha respetado la grafía de los nombres de personas, poblaciones, calles y otros lugares en consonancia con los oficiales existentes en la época a la que se refiere la obra.

La dulce espía navarra es una obra de ficción. Documentada con hechos reales y dentro de un contexto histórico se entremezclan hechos y personajes auténticos con otros de ficción; si bien, el autor ha obrado en todo momento con libertad absoluta para modificar tanto a los personajes como los detalles históricos en función del relato de ficción, resultando por todo ello imaginarios, sin que los hechos narrados tengan que corresponder con la realidad.

LA DULCE ESPÍA NAVARRA*

* La presente historia, aunque de lectura autónoma e independiente, contiene personajes y situaciones de la obra Tiempos de Bruma. El crimen de Lourdes Txiki con la que mantiene una continuidad cronológica.

1

(San Sebastián, enero de 1941)

Oscuridad.

Un vacío tenebroso.

Tras las rejas se escuchan los gritos.

Rompen el sonido del traqueteo del tren que pasa.

La cabeza le da vueltas al abrir los ojos. Reniega del nuevo día.

Siiiiiiiiiiiiuuuuuummm. El estampido de la bala rozándole la cabeza.

De nuevo el abismo, profundo, inmenso, negro, lejano se disipa.

Un beso en su espalda, una mano que la acaricia.

La voz de ultratumba le explica algo.

No comprende nada.

¡Despierta!

…/…

—¿Sabes?...

El silencio era total en el dormitorio.

—Voy a poder quedarme toda la semana…

Unas líneas horizontales de luz penetraban a través de la persiana.

—Esta tarde llegan mis amigas Ana y María José…

Julián abrió los ojos. Se perfilaban los contornos. Eran las nueve.

—Sobre las cinco de la tarde. Iré a esperarlas a la estación del Norte.

El paso rápido de un tren por Ategorrieta rompió el sosiego exterior.

—A la mañana iré de compras por la Avenida.

Alicia, la hija del general, que a su dorso lo abrazaba, desbordaba felicidad.

—¡Esto es vida!

Entre palabras besaba la tersa espalda humedecida de Julián.

—¡Ay, qué lástima que tengamos que levantarnos!

Luego le acariciaba. Ambos estaban completamente desnudos.

—¿Y tu marido?

La fina y cuidada mano de Alicia se acercaba cada vez más al aparato genital. Hasta que llegó insolente.

—Está de maniobras, en el Pardo. Toda la semana.

Julián Echániz se echó a reír por las caricias, ella también. Se dio la vuelta, besó a la mujer y se levantó de un salto.

—Ahora no podemos.

Antes de levantar la persiana, de forma intuitiva, como medida de precaución, miró por la rendija al jardín exterior. Luego entraron con fuerza los rayos solares que procedían del este, entre huecos que dejaban los oscuros nubarrones, filtrados por las elegantes cortinas de blanco satén.

Alicia había apartado con el pie la sábana y de costado, apoyando el codo sobre la almohada y la cabeza sobre su mano, con la sedosa larga melena de suaves ondulaciones de color caoba recorriendo, como el agua de un manantial, el curso del bello perfil hasta desembocar sobre la tierna palidez de su pecho; miraba, con pícara sonrisa, el esbelto cuerpo desnudo de Julián a través de esos ojos rasgados marrones que, ahora, con el reflejo del sol brillaban, poseyéndolo.

—Muuua. —Alicia juntó sus labios carnosos imitando el sonido de un beso.

Julián volvió a sonreír, moviendo la cabeza de lado a lado.

Mientras se duchaba recordó la última vez en el hotel de Madrid, justo antes de conocer a Marie. Su enorme salacidad, prometida y a pocas fechas de casarse. Sonrió. Desde entonces no había vuelto a coincidir con Alicia. Esta noche había sido parecida. Cuatro o cinco veces, ya ni lo recordaba. Apenas había podido dormir. Luego sueños extraños. Se estaban haciendo demasiado habituales.

Se afeitó. Se aplicó una loción con suaves palmadas. Después se engominó el cabello negro mojado y salió del baño, toalla por la cintura, dejando tras él un espeso halo de condensación. Del salón procedía aún el aroma de la leña quemada en la chimenea la noche anterior; frente a la cual, en una mesa acristalada de centro, quedaban los restos del champán sobre un par de copas pompadour, y sobre la alfombra de pelo alto algunas prendas, despojadas con la furia de la pasión mientras los troncos crepitaban entre el ardor de las llamas.

Alicia sonriendo lo contemplaba satisfecha mientras él terminaba de vestirse frente a la cómoda del dormitorio. Un traje azul oscuro, camisa blanca y fina corbata del mismo tono que el traje. La pistola, una Browning FN, que siempre llevaba con cariño pues había pertenecido a su padre, se la colocó a la espalda, sujeta por el cinturón. Se calzó y cogió el sombrero, luego la gabardina beis se la colgó bien doblada sobre el antebrazo. En realidad ella, la mimada hija del general, no sabía nada de él. De un agente secreto del régimen, o lo que fuera, era mejor no saber nada, pero en realidad eso le importaba un comino. Desde niña había logrado conseguir todos sus caprichos. Por encima de todo. Y esta relación con aquel hombre tenía dos ingredientes que la estimulaban al máximo: su seductor atractivo y el secretismo en el que se envolvía.

Antes de despedirse miró a la mujer descubierta por la sábana, totalmente desnuda, que con el dedo índice lo atraía, insinuando que se acercara. Así lo hizo. Ella mirándolo fijamente con una traviesa sonrisa descarada le tomó de la corbata obligando que Julián se inclinara, haciendo que sus claros ojos azules relucieran al incidir en el rayo de luz matinal que iluminaba la escena. Se besaron. Entonces Julián sintió que una mano magreaba su masculinidad. Se apartó con una carcajada nerviosa, observando el rostro con expresión lasciva de la mujer y su cuerpo lozano y se volvió a excusar. Era un verdadero suplicio para él, pero tenía mucha prisa y una misión que cumplir.

Aún, cuando cruzaba el umbral de la puerta del dormitorio pudo escuchar que ella decía:

—Eres mi pequeño vicio. Verdaderamente adictivo para mí.

Luego le lanzó un beso con la mano y los labios extendidos. Él sonrió.

2

Algo sintió antes de subir a su apartamento, cercano a la playa de Gros, en la calle del Doctor Claudio Delgado de la capital donostiarra. Subió despacio hasta el quinto piso mirando por el hueco abierto de un ascensor que no existía. Con la mano agarraba la culata de la pistola, sujeta entre el cinturón a su espalda, lista para actuar. Oyó pasos. Se detuvo. De pronto sobrevino el ruido de un aguacero pegando con fuerza en el lucero a lo alto de la escalera. Un hombre que no conocía, de edad provecta, bajaba lentamente. Se saludaron. Al llegar a su piso, en el descansillo de las manos A y B, se paró inquieto. La cerradura había sido manipulada. Sacó el revólver y de un puntapié suave la puerta se abrió. Las luces del interior se hallaban encendidas, la ropa y demás efectos de los cajones y armarios esparcidos por el suelo. Registró todos los recovecos, arma en mano. Nadie. No había nadie. Miró hacia el techo y lanzó un juramento, en voz baja.

Desde la misma gasolinera de la avenida de Navarra pudo llamar a Philippe Blanchard. El reloj del frontis de la estación de servicio marcaba las diez y diez. Quedaron en verse a la tarde, a las cinco, en el anfiteatro del Teatro Bellas Artes de la calle Urbieta. Antes tenía que cumplir una pequeña misión. Era de las fáciles. Sin uso de las armas y, en principio, sin especial peligrosidad, aunque eso nunca se sabía. Pero esa era su vida. «La vida o es aventura o no es nada», solía decir y también sabía que era, en esos tiempos de bruma, por lo general, de corta duración, así que cada minuto lo vivía intensamente.

Era un día típico de invierno, desapacible, las nubes circulaban con prisa, algunas dejaban chubascos y tras su paso volvía el azul luminoso al cielo. La mar de fondo del noroeste azotaba con fiereza el litoral aumentada por olas encrespadas del viento del oeste que

rugía con fuerza. Las campanas de la iglesia del Corazón de María repicaban y algunas ancianas vestidas de negro riguroso subían apresuradas las escaleras que daban acceso al interior de la parroquia para asistir a los oficios religiosos. Guarecida del tiempo inclemente, en un recoveco, a lo alto de la escalinata, sentada en un escalón, ante el portón principal, la Domi, una mujer bien conocida por aquella zona, también cubierta de la cabeza a los pies por invariables atavíos negros; como cada día, esperaba paciente la caridad de algún alma generosa, unas monedas que la ayudaran para alguna comida. Al pasar frente a la puerta del colegio de los padres claretianos colindante, que Julián conocía muy bien de sus años escolares, anteriores a la tragedia de su familia, el griterío de la chiquillería procedente del patio delataba la hora del recreo. Cerca de la entrada, en una esquina protegida, la cestera aprovechaba que en ese momento del recreo no llovía para extender sobre la pulcra funda de blanco algodón de su cesta ambulante, colocada sobre un par de caballetes, las chucherías que algunos niños afortunados plantados ante tanta golosina —regalices, caramelos, matigotxo, pipas y un largo etcétera—, se esforzaban en pensar en qué gastar las perras gordas o chicas de la paga que guardaban con ahínco en sus puños cerrados, puños que, en el caso de los más favorecidos, encerraban una moneda de 25 céntimos de peseta. Esta última, también conocida como un real, algunos la preferían conservar para hacer de tope en el extremo de la cuerda, a través de su agujero central, y facilitar el lanzamiento de la peonza o de la chiva, como así se llamaba en la capital donostiarra.

En la curva, tras el colegio, hacia el barrio de Sagüés, las ráfagas de viento se incrementaban a expensas de su orografía, por lo que Julián tuvo que sujetarse el sombrero. Un poco antes de llegar al frontón donde dos parejas de chavales jugaban a pelota a mano como si les fuera la vida, Julián miró su reloj de pulsera. Todavía faltaban veintidós minutos para la cita, así que aprovechó para entrar en la panadería de al lado a comprar un bollo de leche y azúcar con chocolate como todo desayuno. Luego, mientras se lo comía, dejando correr el tiempo, se quedó observando el partido: ¡Zas! ¡Cras! El agudo sonido de la dura pelota de kiski al golpear contra la pared destacaba entremezclado con el rugido del viento y

los airados gritos de los pelotaris de manos inflamadas y dedos esparadrapados.

Doce minutos antes de la hora prevista para la entrega se desplazó hacia el Monpás. El pequeño barrio de Sagüés estaba desierto. Un barrio de extendida mala fama por aquel entonces, como ajeno a la bella ciudad, de casas pobres alrededor del matadero de Cemoriya, con gentes marginadas llegadas al albur del posible trabajo en las nuevas obras que se anunciaban, y con alguna ramera barata. Por la calle no andaba un alma. Solo se oía al viento rugir y el estallido de las olas al romper. Algunas, al chocar contra las rocas, ascendían varios metros por encima en una vista espectacular. Era la segunda vez que lo mandaban a recoger la información que Charlie le debía entregar. Un nombre en clave que no decía nada de alguien que no era nadie. Las pocas palabras que se habían tenido que cruzar la primera vez, habían revelado el fuerte acento francés de su contacto. Era una labor que a él no le correspondía como hombre de acción ejecutora pero quien lo venía haciendo había sido detenido y aparecido muerto, flotando en el Urumea, pocos días después. Desde entonces esa información había sido entregaba por Charlie y recogida por Julián y, en este caso, como había ocurrido en el anterior, el lugar elegido estaba en las abruptas rocas al fondo del Monpás. Un lugar muy peligroso de por sí en los días en que azotaba el temporal.

Conforme dejaba las últimas viviendas de Sagués y avanzaba con el mar a su izquierda y la falda del monte Ulía a su derecha, entre la bruma mezclada con el aire húmedo y salino expandido por los rociones de las olas pudo entrever las figuras de dos hombres con largos abrigos oscuros, cubiertos con sombreros, calados hasta la frente, que se sujetaban con una mano enguantada mientras la otra, uno la mantenía en un bolsillo y el otro entre la abertura del abrigo. Julián tomó la culata de su pistola con el dedo preparado en el gatillo, manteniéndola a su espalda. El ruido del viento y el océano rompiendo contra la costa era ensordecedor. «Es extraño encontrarse esta mañana con alguien por aquí», pensó. El cerebro de Julián entrenado para la acción mantenía los ojos pendientes del

mínimo movimiento de las manos de los hombres que ya se encontraban a escasos metros por delante de él. Desde que había divisado sus figuras viniendo del lugar al que él se dirigía había ido escorándose hacia su izquierda, por donde venía el viento, para que ellos pasaran por su derecha, pues como en el mar, siempre era mejor tener el viento a favor.

No se miraron al cruzarse, o eso parecía porque Julián lo hizo de reojo pero sin poder ver los rostros de esos hombres, ocultos por los sombreros y las manos que los sujetaban sobre sus cabezas y los cuellos de los abrigos levantados. Lo peor venía después. Al quedarse de espaldas. El ruido ambiental inhabilitaba cualquier otro sonido. Por eso, sin dejar de sujetar la pistola, Julián se detuvo cara al océano, vigilando de soslayo, hasta que los hombres se hubieron alejado lo suficiente, luego prosiguió su camino. Era imposible cruzar el escabroso sendero por entre las rocas, sobre las que chocaba el mar con enorme violencia, para llegar al punto en el que se habían encontrado la vez anterior. Las olas lo sobrepasaban a menudo muy por encima arrastrando hacia el abismo con gran fuerza cuanto atrapaban. A Julián, en ese momento, le vinieron a su memoria siniestras imágenes, recordando su niñez, cuando desde las aulas del colegio, alguien señalaba algún cadáver flotando en aquel mar enfurecido y luego salían raudos para ver más de cerca los intentos por recuperar los cuerpos de los ahogados.

Llegó al límite del que no era posible pasar. Los rociones y el aire acuoso mojaban su gabardina beis. Era la hora de la cita y su contacto no aparecía. Esperó unos minutos, intranquilo. Resultaba muy extraño. Allí no podría seguir mucho más. La marea estaba subiendo y pronto aquella zona estaría absolutamente cubierta por la pleamar. De repente, de entre las rocas, vio emerger el cuerpo sin vida de una persona. Se acercó lo máximo posible al precipicio. Era muy fácil resbalarse. En un descuido una ola le pasó de refilón haciéndole perder el equilibrio asiéndose como pudo al primer agarre que encontró. Abajo, con los duros embates, el cuerpo sin vida era golpeado sin piedad contra las rocas, luego era absorbido hasta que nuevamente aparecía entre la blanca espuma. Flotaba

como un títere al son del mar con la cabeza sumergida hacia abajo. Pero él nada podía hacer. «¿Será Charlie?», se preguntó. «¿Un accidente?». «¿Lo habrán matado los hombres que acaban de pasar?». «Y, en ese caso, ¿por qué no entraba yo en el mismo lote? ¿Por qué me dejan seguir vivo?». Demasiadas preguntas sin respuesta. Miró a su alrededor. No había nadie. Una ola gigantesca y peligrosa se acercaba con enorme rapidez hacia la costa. Era cuestión de segundos. También de vida y muerte. Debía salir de inmediato. Con gran esfuerzo y agilidad se precipitó en busca de la salvación. Casi sin aliento, agazapado, apenas pudo zafarse por centímetros de verse arrollado por el descomunal embate. Desde el suelo pudo ver aquella ola, tan terrible como majestuosa, ascendiendo a la altura de un cuarto piso, que se abalanzaba junto a él. Al caer violenta e indómita, cerró los ojos y respiró profundamente. Luego se reincorporó. Con un pañuelo se vendó la mano izquierda ensangrentada por los cortes del roce con las rocas y se fue.

3

Sacó una entrada sin enterarse de la película que proyectaban. Le dijeron que eran dos en sesión continua. A esa hora las entradas no eran numeradas. Se excusó del acomodador, a quien, no obstante, le dio una propina. Había pocos espectadores esparcidos por las primeras filas y alguna pareja en las del medio. En la última, en el mismo sitio que las veces anteriores, conforme subía los escalones entre la penumbra, pudo percibir la solitaria silueta de Blanchard. A la derecha del pasillo central.

—Malas noticias. No traigo nada —dijo Julián, en un leve cuchicheo.

—¿Nada?

—Charlie no estaba allí. Al menos vivo. En el mar, flotando sin vida, he visto el cuerpo de un hombre. No puedo asegurar que fuera él, pero es probable... Cuando llegaba al lugar de la cita me he topado con dos hombres que volvían de allí.

—¿Podrías identificarlos?

—No. No dejaban ver sus rostros.

—¡Maldición!

—Eso no es todo. Como le he adelantado esta mañana, estoy quemado. Han detectado mi escondrijo.

Julián miró al señor Blanchard. Siempre había confiado en él, desde que trabajando en el hotel de Londres y de Inglaterra le hubiera conocido. De hecho por eso, cuando se lo pidió, había entrado a trabajar para la red británica, donde colaboraban ellos, los franceses del extinto Deuxième Bureau en la capital donostiarra. Por eso, y por el buen dinero que obtenía que le había permitido dejar el pluriempleo. Su destreza en el tiro, que bien había demostrado en torneos del monte Ulía, y la que tenía en el uso de las lenguas, francesa e inglesa, amén de su facilidad para las relaciones sociales, en especial con las damas, había hecho, pues, fuera captado y pronto destacado como uno de los espías más sobresalientes de la red en España. Y eso lo conocían bien en la Embajada británica en Madrid y en el MI6, ni qué decir tiene lo apreciado que era para Mr. Goodman, más conocido en la red con el apelativo Cabeza de Ajo, el cónsul británico en San Sebastián.

—Hay que hacer algo. Rápido —volvió a decir.

—Sí. Pero quién o quiénes están detrás —se preguntó Blanchard. Apoyaba ambos codos en los brazos de su asiento, con las manos entrelazadas y la mandíbula sobre las mismas, mientras miraba sin ver la pantalla. En ese momento John Wayne, pañuelo al cuello, chaleco de cuero, sombrero calado hasta los ojos y un rifle, amenazaba a un piel roja para que se fuera por donde había venido.

—Desde que el subinspector Márquez sustituyó al fallecido Veramendi está ejerciendo presión sobre las redes extranjeras —añadió Blanchard.

—Creo que es cosa de la red nazi de Bilbao.

—¿Martincho? —El capitán Georg Helmut Lang, alias Emilio Martincho, desde su sede en el hotel Excelsior de la calle Hurtado de Amézaga de Bilbao, propiedad del nazi Otto Messner, ejercía un férreo control sobre la red británica en la zona, en especial desde el rescate de Julián en Pancorbo y sobre todo tras la fuga de Marie Etchepare—. Podría ser. No lo sé… En cualquier caso, ahora, la Abwehr, la Gestapo y la policía franquista, en España, están muy unidas —alegaba Blanchard como si lo hiciera para sí.

—Márquez se encuentra muy a gusto y a menudo en la sede del partido nacionalsocialista alemán de esta ciudad. Tienen gran influencia con él —señaló Julián.

—Sí claro, en el fondo Paul Winzer adiestra a la policía española y a su vez tiene barra libre para que la Gestapo persiga a quien desee en este país.

—Y Winzer viene bastante a menudo a San Sebastián teniendo mucha relación con Beissel y otros del partido nazi en la ciudad.

—Hay que pensar algo. Nos reuniremos el jueves en mi casa a las cinco de la tarde. No faltes… Toma este sobre, dentro tienes una llave y una nueva dirección para alojarte de manera provisional.

—De acuerdo, pero de momento, estos días, creo que seguiré en la casa de una amiga, en Ategorrieta.

—Ten cuidado —advirtió el señor Blanchard.

En ese momento unos impactantes disparos resonaron por toda la concavidad del teatro seguidos por los sobrecogedores mugidos de las reses, en el caos de una estampida provocada, procedentes de la película, cortando la conversación y haciendo que ambos se sumergieran por unos instantes en la misma.

—Me gustan este tipo de filmes —dijo Blanchard, que aún mantenía el mentón sobre sus manos cruzadas, con una sonrisa.

Julián se volvió hacia él, inquieto, como vigilante de que no hubiera nadie más a su alrededor, antes de decir con un ligero susurro:

—Creo que tenemos un topo.

—¿Cómo?

—Sí. Algún infiltrado.

—¿Por qué dices eso?

—Son muchas cosas. Samu flotando en el Urumea. Mi apartamento, que se suponía absolutamente secreto, descubierto y saqueado.

Ahora Charlie. El próximo seré yo. Lo que no comprendo es por qué me están prorrogando la vida.

—¿Qué insinúas?

—¿Acaso no se da cuenta? Si no se hace algo rápido la red saltará por los aires en breve. Y esto viene de antes. ¿Cómo pudo desbaratarse la operación Gavilán en Madrid contra el ministro de Franco?

—Antes pensábamos que se trataba de Marie.

—Pero luego resultó ser la artífice del asalto del desfiladero de Pancorbo para salvarme la vida…, aun a costa de la suya propia. Al final tuvo que salir huyendo ¿No resulta muy contradictorio?

—Es cierto. El enigma de Marie Etchepare nos persigue. Sin embargo, tenemos información de que colaboraba con la Abwehr y, a su través, luego con Martincho y la Gestapo. Nos la endosaron en una operación de contraespionaje. Quizá algo hizo que cambiara o… ¿acaso todo correspondía a un plan predeterminado?...

Blanchard miró al perfil del joven levemente iluminado por los tonos grises que reflejaba la pantalla y a continuación hizo una pregunta muy directa:

—¿Hubo algo entre vosotros dos en Madrid?

Un silencio, quizá demasiado largo, se produjo. De fondo se oían algunos diálogos de la película. Blanchard, seguía manteniendo su directa mirada incisiva.

—¿Lo hubo? Eso explicaría, quizá, algunas cosas. Dos personas, extremadamente atractivas, viviendo juntas en la misma morada en momentos tan intensos y… todos conocemos tus dotes seductoras.

—No. No hubo nada.

—No sé. Mmmm. También está el misterio de la muerte en la fábrica abandonada de Zarauz. Ramón Ubarrechena se llamaba. Ahora sabemos que pertenecía a la red del capitán Lang en Bilbao.

Fue Julián el que entonces miró a la silueta de Blanchard que recogía su abrigo, el paraguas y su sombrero para salir.

—Lástima —dijo Blanchard refiriéndose a la película—. Debo irme. Puedes quedarte a ver cómo termina. En cualquier caso aguarda un rato antes de salir.

Al borde del pasillo se puso el abrigo y el sombrero, entonces se agachó hacia Julián y añadió:

—Todos esos enigmas están unidos, pero todavía hay cosas que no conocemos… Recuerda. El jueves a las cinco en mi casa. Te espera

una nueva misión.

4

A la reunión en casa del señor Blanchard, además de Julián Echániz, asistieron también su leal camarada François Martinet y Jean-Pierre Courtois. En un saloncito interior, Blanchard, desplegó una pantalla sobre un trípode y de un bote metálico de películas Eastman Kodak, sacó una en 8 milímetros que dispuso sobre un proyector.

—Vamos a ver una película que nos ha pasado Cabeza de Ajo procedente de la Embajada británica en Madrid, realizada por agentes del MI6. No tiene desperdicio. Fijaros bien. Luego comentaré los objetivos.

Sobre un fondo negro aparecieron unas letras en blanco: «Pamplona. Domingo 7 de julio de 1940». Un nuevo fundido sumido en una intensa negrura enmudecida parecía anunciar que, seguidamente, vendría la grabación de la estela de una historia para la posteridad. El silencio era total. Tan solo se escuchaba el runruneo que provocaba el paso de la película por el proyector. En efecto, las primeras imágenes mostraban el ambiente festivo en las calles de Pamplona, repletas y animadas por una muchedumbre que celebraba los últimos sanfermines mostrando su entusiasmo de forma pletórica y eufórica. Entre la gente se observaban grupos de soldados del Tercer Reich disfrutando de la fiesta. A continuación, de forma impactante, la película conducía al espectador hasta el recorrido del encierro cuyos fotogramas lograban transmitir, de manera sorprendente, la tensión que se palpaba en los mozos que corrían delante de los astados hasta su conclusión en la plaza de toros. Tras ello, las imágenes seguían ofreciendo escenas típicas de la fiesta y el alborozo que las acompañaba, como el Riau-Riau o el pasacalles de la comparsa de los gigantes y cabezudos.

La cámara, a continuación, desde el Ayuntamiento de la ciudad, en cuyo balcón destacaba la esvástica, pasaba a ofrecer la acogedora recepción de las autoridades a los mandos germanos a quienes se les ofrecía un vino de honor. Luego, en la calle, podían verse animadas pandillas de mozos mezcladas con soldados nazis, intercambiadas gorras militares con boinas rojas, entre tragos de bota y bailes de jotas. Y al filo, en el Consulado alemán de la calle San Ignacio, engalanado con imponentes estandartes con la cruz gamada, la bandera de la Falange y la Cruz de Borgoña, las imágenes seguían mostrando similares actos de jolgorio y fraternidad.

Tras unos segundos de un nuevo fundido en negro, y de los característicos cortes enlazados del montaje de la cinta de celuloide, apareció la plaza de toros abarrotada. De una vista general, filmada desde lo más alto, se daba paso a planos largos y luego a otros más cortos, en una secuencia en la que se reflejaban rostros de hombres y mujeres animados en las gradas hasta converger en la figura del torero que, en el centro de la plaza y entre los olés del público, en ese momento lidiaba al toro. De algunas balconadas caían desplegadas las enseñas del Tercer Reich. En el palco, junto a las autoridades locales que presidían la corrida, podían distinguirse los atuendos de determinados jefes militares nazis que lucían relucientes medallas. Y entonces, entre el clamor de la plaza, el torero acercándose a la barrera cercana a la tribuna, con gesto tan elegante como elocuente, brindó el toro al jefe castrense del Tercer Reich de las tropas desplazadas a la capital navarra. La multitud que llenaba la plaza puesta en pie bajo los sones del himno nacional español y el Deutschland Über Alles alemán aplaudía enfervorizada, con el brazo levantado, a los militares invitados por las autoridades.

El documental finalizaba con noticias y fotografías destacadas por la prensa local, absolutamente germanófila en ese momento, relacionadas con la visita nazi en el día grande de la fiesta, en su primera edición tras la efeméride; en las que, entre otras, se referían a la asistencia, para relajar las tensiones de la guerra, de más de

trescientos soldados del Tercer Reich. Una gran foto en portada del Diario de Navarra, junto a la de la procesión de San Fermín, mostraba el saludo, mano a la frente, del jefe militar nazi al torero Curro Caro, con traje de luces y pañuelo rojo al cuello, después de que este le hubiera brindado el toro desde la arena del coso. Del mismo modo aportaban contenido sobre todo ello el diario ABC o el falangista Arriba España que, en 1936, había ocupado las instalaciones del nacionalista La Voz de Navarra.

—Fiesta, sangre y tragedia se unen una vez más —dijo Blanchard al término de la proyección, poco más que susurrando, ante el mutismo de los reunidos—. Bien. Voy a rebobinar la cinta para lo que hoy nos ocupa…

»El hombre de la derecha que aparece junto al coronel alemán. Ahí, en la recepción del Ayuntamiento, con la copa de vino en la mano, es nuestro hombre. Se llama Veldarrain. José María Veldarrain. Natural de una localidad de Tierra Estella regenta desde hace años una librería en el casco viejo de Pamplona. Preside la Asociación de Comerciantes de la comarca y tiene muy buena relación con la corporación municipal, en especial con el alcalde José Garrán; que es el que está al otro lado del coronel… Este otro, junto al alcalde, es el concejal Joaquín Ilundain, quien precisamente lanzó el chupinazo de las fiestas.

»Pues bien, nuestro hombre, vivió y estudió siendo adolescente en Berlín al tener su familia que desplazarse allí por motivos de trabajo de su padre, descendiente de rancio abolengo carlista. Cuando terminó el bachiller comenzó a trabajar en una factoría de automóviles en Alemania. Se casó con una joven alemana y en 1935 regresó con su mujer y una hija a Pamplona. Con el dinero que había ahorrado montó la librería.

»En estas otras imágenes, en el Consulado alemán, lo vemos charlando amigablemente con el cónsul y esos oficiales alemanes que los rodean, todos ellos saboreando el vino español, con una copa en la mano. Con el cónsul tiene gran relación por su pasado en Alemania, además, claro está, por el hecho de que su esposa sea natural de ese país y su hija haya nacido también allí…

—¡Un momento, para por favor! —exclamó Courtois—. Esos oficiales… ¡Claro! Me preguntaba yo, de qué les conocía… Ese es el capitán Hermann Bauer de la dotación de Biarritz, y a su izquierda el teniente Ralf Weber, implicado en el secuestro y asesinato, con ritos satánicos nazis, de Sara Garmendia, en la gruta de Lourdes Txiki, en la subida del monte Igueldo… —Los perfiles de Blanchard y Martinet, iluminados por el haz de la luz del proyector, asintieron —… Nunca lo podré olvidar… ni perdonar. La impliqué yo, por nuestra amistad, para que nos ayudara en la información con el teniente Weber, del que, en realidad se había enamorado… ¡Nunca me lo podré perdonar ni perdonaré a esos asesinos!

—No sigas atormentándote. Ya no sirve para nada. En estos tiempos de bruma el odio nos empaña la mente que necesitamos mantener fría y lúcida para vencer —dijo Martinet.

Tras unos segundos en silencio, Blanchard, prosiguió:

—También vemos aquí a nuestro hombre. En el palco de honor de la plaza, junto a las autoridades. Voy a detener la proyección y ver si puedo ampliar un poco el tamaño de la imagen… Así… Se distingue bien aunque se pierde definición y nitidez… Aquí, como podéis observar, se encuentra a la derecha del coronel…, y si pasamos un poco…, lo vemos charlando animadamente con él.

»Sin embargo, Veldarrain, a pesar de la apariencia, en su interior, reniega de Hitler y el nazismo, habiendo llevado a cabo desde hace algunos meses, por su influencia, en especial en círculos germanos de la zona, importantes actuaciones para el MI6 británico.

»Así, ha transferido a la Gestapo cierta información, como si hubiera sido conseguida a través de sus relaciones comerciales, cuando en realidad no era sino canalizada y proporcionada a cuentagotas por el MI6, con el fin de obtener su confianza y acceder a conocimientos que ahora empezaban a dar sus frutos.

—¿Empezaban? —pregunta Echániz mirando a Blanchard, pero este en lugar de contestar se acerca a un interruptor, enciende la luz del salón y se dispone a sacar la película del proyector.

—Hace dos semanas que nadie sabe nada de él —prosigue Martinet —. Nos tememos lo peor. Agentes del MI6 están siguiendo la pista de Veldarrain. Nadie sabe nada. Una tarde salió de la librería antes de lo habitual diciendo a su hija que comunicara a su madre que no lo esperaran para cenar. Tenía una reunión y llegaría tarde. Desde entonces no ha aparecido.

—En un par de ocasiones fue visto en compañía de esta mujer. — Blanchard ha cogido un sobre de donde extrae unas fotos en blanco y negro, tamaño 13x18 centímetros, que entrega a Julián Echániz.

—Ummm. Muy guapa —dice Echániz.

—Y probablemente muy peligrosa —dice Blanchard—. Se conoce muy poco de ella. Que tiene veintitantos años y poco más. Sin

embargo no parece casual que el MI6 la confirmara como la discreta amante del subsecretario de Asuntos Exteriores Mariano Cominza, de tendencia anglófila, miembro de diversas comisiones secretas y al parecer amigo de la inglesa Rosalinda Fox a la que se le atribuía un affaire sexual con el cesado ministro Beigbeder y que resultó ser una agente del servicio secreto británico. Cominza, casi cuarenta años mayor que ella, desapareció sin dejar rastro. El MI6 dispone de fotografías de ambos en un vehículo el día anterior a su desaparición.

—Una verdadera joyita con una cara bonita y un cuerpo elegante y delicado —apunta Echániz observando atentamente las fotos.

—El MI6 ha logrado localizarla —continua Blanchard—. Hace unos días fue vista en Vitoria, en compañía de dos hombres. Y estos han sido identificados como destacados miembros de la extinguida Milicia Ciudadana de Vitoria que actuaron durante la guerra en labores de policía e investigación y de información y detención de vecinos.

—Precisamente —añade Martinet—, Veldarrain llevaba un tiempo intentando tejer una red en la línea Pamplona - Estella – Vitoria, con contactos que tenía en estos lugares.

—El MI6 por nuestra penetración e injerencia en la zona nos ha pedido la colaboración —concluye Blanchard.

Echániz mira a Martinet, a Courtois y finalmente a Blanchard, luego dice:

—No sé por qué, pero creo que tengo misión.

—Así es —dice Blanchard—. El próximo sábado se ha organizado en el Hotel Frontón de Vitoria de la calle San Prudencio número 7, una fiesta homenaje a la Milicia y de hermanamiento entre el régimen y el Tercer Reich, tras la importancia que tuvo Vitoria como base aérea de la Luftwaffe en la Guerra Civil y en concreto ese hotel para el jefe del Estado Mayor de la Legión Cóndor, Von Richthofen. En sus salones este dio las últimas instrucciones a los pilotos la víspera del bombardeo de Guernica. Asistirán algunos jefes nazis del destacamento de Biarritz, el cónsul de Alemania en Bilbao Friedhelm Burbach, el jefe del partido nacionalsocialista de la capital donostiarra, señor Beissel, y otros destacados miembros. Estarán el alcalde saliente de la ciudad Santaolalla, así como el recién nombrado José Lejarreta y reputados representantes del régimen. Hay claros indicios de que ella también asista.

—Esperemos que nadie me reconozca. El asalto de Pancorbo fue muy sonado.

—No tanto, solo a ciertos niveles secretos, pues las autoridades lo ocultaron. No podían permitir semejante humillación... Tenemos todo preparado. No cabe duda que es una operación de alto riesgo, pero necesaria…

»Esta es tu nueva identidad —dice Blanchard al tiempo que entrega un pasaporte americano a Echániz—: Michael Morrison. Un acaudalado americano que simpatiza con el régimen franquista y las posiciones germanófilas, lo que no duda en demostrar con generosidad. La Embajada americana ha ayudado y está al corriente, aunque quedará al margen si cualquier problema. Courtois, con sus enlaces comerciales, a través de sus bodegas de la Rioja alavesa, te presentará como un inversor con especial interés

en la zona. El objetivo no es otro que consigas acercarte a esa mujer para obtener información. Hemos pensado que a tus dotes naturales como seductor le vendría bien revestirlas de lujo y dinero. Una mujer como esa creo que apreciará, especialmente, esto último.

—¿Solo información? ¿Ese es el objetivo? —pregunta Julián Echániz.

—En principio sí. Los acontecimientos señalarán los siguientes pasos. Dependerá de arriba —dice Blanchard, indicando con el dedo hacia lo alto—. Aunque, visto lo visto, no sería descabellado pensar que la acción se extienda a algo más. Y cuidado, pues no será difícil que ella intente eso mismo contigo.

»Además de Courtois, contarás con Martin y Pablo, el agente M-28, a quienes conoces de la operación Gavilán en Madrid contra el ministro. El primero acaba de entrar a trabajar como camarero en el hotel Frontón. El segundo rondará tu círculo.

—Últimamente… estas misiones…, parece que se me está degradando.

—Un agente, como un soldado, nunca debe despreciar las acciones que se le encomiendan. Todas son importantes y necesarias —dice Blanchard.

—Ya, pero en principio fui captado por mi buen hacer con las armas, todavía echo de menos aquellos días gloriosos en el club de Ulía.

—Somos dichosos de contar con alguien que además de bueno con las armas, habla perfectamente varios idiomas, es disciplinado y capaz de muchas otras cosas, como esa relación especial con el sexo femenino… Tienes dotes y lo llevas en la sangre. Quieras o no, es parte de tu propia historia —concluye Blanchard.

—¿Cuándo salgo?

—Mañana, en el expreso de las 17:00 —responde contundente Blanchard—. Este es tu billete. Se te ha reservado una habitación por tiempo indefinido en el mismo hotel. Aquí tienes dinero suficiente para el nivel de vida que se supone. Si fuera preciso habría más. Quédate bien con la figura y cara de esta mujer.

—Es inolvidable.

A continuación Martinet le proveyó a Julián la clave, a través de un novedoso sistema secreto, para la reproducción de mensajes que le pudieran enviar a través de los anuncios breves de un periódico.

—Pues bien. Eso es todo. Buena suerte. Estarás en contacto con el grupo diariamente —concluyó finalmente Blanchard la sesión, al tiempo que todos se levantaban—. ¡Ah! Por cierto Julián, no olvides llevar un buen abrigo. En Vitoria hace frío. Ayer diez grados bajo cero y nieve.

El anochecer se antojaba tranquilo. Julián lo aprovechó para ir caminando al borde de la bahía de la Concha. El día claro y azul,

aunque fresco, dejaba una bonita puesta de un sol anaranjado posando suavemente sobre el mar, tras la isla Santa Clara. Fue andando hasta el Boulevard, luego cogió el tranvía eléctrico que lo acercó a la villa de Ategorrieta. La verja exterior se hallaba cerrada y tras cerciorarse que dentro no había nadie la abrió con la llave que Alicia, la hija del general, le había dejado mientras durara su estancia en la capital donostiarra. Era una suntuosa villa cercada y rodeada por un lustroso jardín de manto verdoso, propiedad de un importante industrial bilbaíno amigo del general, cuya familia la aprovechaba para determinadas estancias en San Sebastián, como esta semana lo hacía su hija. Sin embargo, a Alicia, no le haría mucha gracia cuando se enterara que al día siguiente tenía que irse. En cualquier caso, pensó Julián, esta noche sabría cómo hacerla disfrutar y sonrió. Nada más entrar se apresuró a encender el fuego en la hermosa chimenea que dominaba el gran salón cuyas paredes mostraban grandes óleos de bellas marinas del siglo anterior entre estantes, de una noble biblioteca de cerezo, repletos de libros, jarrones y recuerdos de viajes exóticos. Una vez prendida la lumbre introdujo dos troncos de haya y uno de roble. Luego llenó una gran bañera con agua caliente y espumoso gel de suave azahar. Se desnudó y se dispuso a tomar un baño relajante. Cuando Alicia entró y sintió la calidez del fuego que ardía llamó a su amante. Al verlo en la placidez del baño lo besó en los labios y agitada por una respiración entrecortada le susurró que la esperara. Fue a la cocina, llenó una bandeja de fresas y cogió dos copas y una botella de champán. Mientras Alicia se desnudaba, de vuelta en la sala de baño, ya se oía la suave melodía que con la voz de Billie Holiday llegaba desde el salón y, cuando se introdujo dentro de la bañera junto a Julián, también podía oírse el crepitar de las llamas del fuego de la pasión.

Al día siguiente amaneció una ciudad con tonos grises que el cielo cubierto rociaba tan mansa y suavemente, en un leve y continuo sirimiri, que incluso parecía hacerlo con cariño. Mientras Julián iba en el taxi hacia la estación del Norte se entremezclaban sus pensamientos, el porvenir que lo esperaba, donde cada día que pasaba vivo sonaba a victoria junto con los de la salacidad de la larga noche, en la que apenas había dormido, que le llevó a

recordar aquella otra, en Madrid, en compañía de Alicia en vísperas de casarse, en un hotel cercano a la estación donde al día siguiente conocería a Marie Etchepare ante la operación Gavilán.

No había cogido paraguas. El sombrero colocado con estilo, un tanto ladeado, que cubría su negro cabello incrementaba la oscura tonalidad del día gris que se apagaba en la tez donde resaltaban unos ojos azules, claros y resplandecientes. La gabardina beis, larga, ajustada por un cinturón anudado, con los cuellos levantados, dejaba al descubierto una fina corbata que parecía aún más negra sobre la camisa blanca. Solo llevaba una maleta, pero su pistola favorita, la que había pertenecido a su padre, se hallaba presta, a la altura del corazón, de forma idónea para poder ser utilizada en cualquier preciso momento.

Un mozo del hotel fue a recibirle a la estación con un carro para transportar el equipaje. La calle San Prudencio de Vitoria vivía un incesante ajetreo y el gran hotel Frontón de Vitoria se encontraba muy animado ante la fiesta que iba a celebrarse al día siguiente. Se hallaba al completo, no solo la instalación principal sita en el número siete, sino también la denominada sucursal, un establecimiento accesorio que se hallaba en el número dos de la misma calle, esquina con San Antonio. Tras alojarse en su habitación y antes de trasladarse al restaurante del hotel para cenar pudo ver que algunos pasillos y el salón principal para el ágape se hallaban ya adornados con grandes banderas nacionales acompañadas de esvásticas nazis y estandartes del Tercer Reich, junto con otros de la antigua Milicia Ciudadana de Vitoria.

Una cena frugal, un último vistazo por el interior del hotel con el fin de familiarizarse con el lugar de la acción y vuelta a la habitación para descansar. De momento tampoco quería hacerse ver demasiado por lo que prefirió retirarse temprano. El día siguiente se antojaba largo, misterioso, peligroso e inescrutable pues, desde luego, no sabía qué le podría deparar.

5

El sábado 18 de enero de 1941 Julián Echániz bajó tarde a desayunar. Había poca gente en la sala para desayunos en ese momento. Algunos operarios con buzos iban y venían ultimando los preparativos para la fiesta y llevando la utilería para la orquesta. Julián se había sentado en un rincón desde donde podía controlar toda la sala, junto a un ventanal de suaves cortinas que dejaba entrar una cándida luz matinal. Miraba a su través cuando oyó que alguien le preguntaba.

—¿Un desayuno completo, señor?

—Sí, por favor.

—La paloma ha sido vista en los alrededores. Se la espera en el evento.

—¿Tienen la prensa del día?

—Sí. En aquella mesa, junto a la recepción, la encontrará a diario… Pero hoy no hay nada relevante.

Julián había captado bien los mensajes que Martin, nombre en clave del barbitaheño agente del MI6, introducido como camarero, le estaba transmitiendo. Debía mirar todos los días la columna denominada «Anuncios telegráficos» dedicada a anuncios breves de

todo tipo, por lo general entre particulares, del periódico Pensamiento Alavés, donde podía recibir órdenes o información cifrada mediante una clave que guardaba discretamente camuflada a través de una falsa revista de pasatiempos que portaba en su equipaje, cuyas sopas de letras y crucigramas mostraban las soluciones de los códigos.

«Sigue igual», pensó Julián mirando de soslayo a Martin que se perdía al fondo de la sala y entonces recordó que no lo había vuelto a ver desde el asalto para su liberación del furgón en Pancorbo.

Mientras esperaba que le sirvieran Julián se acercó a coger un periódico que alguien había dejado en una mesa cercana junto a restos de un desayuno. Era el Pensamiento Alavés del jueves anterior. Le llamó la atención el titular de la columna superior derecha de la portada, que decía:

«Predicciones astrológicas. El triunfo será de Alemania.— Tokio.- El célebre adivino Donsko Kodajor ha predicho en la reunión de un Club Astrológico, que Alemania logrará su decisivo triunfo en 1941, con la invasión de la Gran Bretaña.—Efe».

Junto a ello, el centro de esa misma portada, informaba de los bombardeos por la aviación alemana sobre Londres y otras ciudades. Abajo, en esa primera página, el diario se hacía eco de las multas impuestas por la Jefatura Superior de Policía a determinadas personas por comentar las directrices del régimen. El periódico, como todos en general, respiraba el aire germanófilo que en ese momento se extendía por la propia calle. Hasta los anuncios brindaban productos alemanes que en la mayoría de los casos, la situación de la posguerra, los hacía inalcanzables. Tampoco pasó desapercibida para Julián, en el interior del diario, la denominada «Página Femenina». Todo lo que fuera sondear más sobre el

universo femenino de su época le podría ayudar a conocer mejor, o quizás a conquistar, el espíritu de su objetivo. Se entretuvo leyendo las explicaciones que el reportaje daba sobre la belleza: peinados, higiene y limpieza del rostro; el cual señalaba que no era necesario acudir a institutos de belleza para parecer siempre bella y arreglada. O lo último sobre los velos de los sombreros femeninos, rejuvenecedores, algunos de malla de fantasía muy favorecedores. Ciertos creadores, añadía, «los colocan sobre la parte delantera del ala, formando un gran moño que vela los ojos con gracioso encanto». Esa misma página contaba con otras columnas con titulares como «Feminismo sano»; o el «Epistolario confidencial» firmado por Flor del Prado. Abajo, en el borde inferior derecho, una columna llamada «Pensamientos» mostraba varios expresados en frases cortas. Julián terminó el desayuno meditando sobre uno de ellos: «A quien dices tu secreto, a ese das tu libertad».

El día era frío y seco. Julián necesitaba que ese frescor impregnara su rostro. Salió a dar una vuelta por la ciudad y hacer algunas compras de vestuario ya que no había llevado suficiente. Recorrió los recovecos del centro, de la zona más comercial, de la histórica, los extrarradios. Anduvo y anduvo, siempre ojo avizor; picó algo y volvió a andar hasta que regresó al hotel y se echó a descansar en su habitación. Intuía que la noche podría ser muy larga.

¡Presenten armas!

Había retumbado la voz, surgida entre el silencio, a través de la ventana ligeramente abierta. Julián se desperezó. Se había quedado traspuesto, tumbado, vestido sobre la colcha. Desde la ventana no podía ver la entrada principal, lugar del que procedían las voces y ahora el clamor de la gente que se congregaba para ver pasar a los homenajeados e invitados y, en especial, a las autoridades civiles y militares que iban llegando. Miró el reloj. Eran poco más de las siete de la tarde cuando en ese momento comenzaron a oírse los sones de la banda militar; decidió ducharse y prepararse para la

fiesta. El plan establecía que apareciera cuando los cerca de doscientos invitados estuvieran ya en el recinto del evento. Jean-Pierre Courtois estaría ejerciendo sus dotes de relaciones públicas y lo presentaría entre determinadas personas y siempre dejándolo ver ante la dama objetivo. «¿Estará, habrá venido?», se preguntaba bajo el agua caliente de la ducha, mientras su mente recordaba las fotos de aquel rostro tan bonito como enigmático, en blanco y negro, empañado como el ambiente del baño, por un vaho nebuloso. ¿Qué habría en el interior de esa bella cabeza?

Podían haber acabado con ella rápidamente. No parecía, en principio, complicado. Otra opción, según había llegado a comentar Blanchard, que al parecer habían analizado, era la del secuestro para que por medios expeditivos la hicieran hablar. Había coincidido con dos desapariciones relevantes y no parecía casual, pero había muchos interrogantes. ¿Quién era realmente esa mujer? ¿Para quién actuaba? Sin embargo, al final, había ganado la novedosa tesis del MI9, una división del servicio secreto británico, que en Trent Park, una elegante finca a las afueras de Londres llena de elementos de escucha y captación, donde había micrófonos hasta en las ramas de los árboles del jardín, estaba comenzando a dar sus frutos, de forma limpia y productiva: nada de torturas, relajar el ambiente, dejar que los objetivos se confiaran y al final hablaran entre ellos; como así estaba ocurriendo con los detenidos alemanes de alta graduación confinados en la finca. Y entonces había surgido la opción de Julián Echániz. Al menos, pensaron, valía la pena intentarlo. Tenía las dotes precisas, pero ¿sería capaz de seducir a esa joven hasta el punto de doblegar su mente? La solución, por tanto, pasaba por ganar su corazón para luego vencer su instinto.

6

—¡Señor Morrison!

Entre el murmullo general de la gente arremolinada en torno a multitud de corros, copa en mano, Julián, desde ese momento convertido en Michael Morrison, pudo ver a Courtois que lo llamaba levantando el brazo y se adelantaba a recibirlo, antes de presentarlo a las personas del grupo con el que en ese momento charlaba. Luego fueron a otros: «El director del hotel… El nuevo alcalde señor Lejarreta», que a su vez platicaba con el nuevo gobernador civil, a su lado el gobernador militar y presidente de la Diputación, el cónsul alemán de Bilbao…, y así sucesivamente; cuando entre saludo y saludo, Julián, mientras estrechaba unas manos, como si de un flash se tratara, pudo contemplar unas atractivas piernas de mujer, cuyos zapatos de medio tacón fino se apoyaban sobre el reposapiés de un alto taburete. Conforme levantaba la cabeza pudo ver el vestido azul claro que cubría las rodillas, bajo una chaqueta con hombreras donde reposaban las ondas del cabello castaño que sobresalían a un gracioso sombrero blanco con velo corto de fantasía oscuro. De un ojal resaltaba una bella camelia roja recién cortada. A pesar de que en ese momento sus labios pintados de encendido carmín se posaban sobre una fina copa, sus ojos se cruzaron por un instante, lo suficiente para saber que ella lo estaba mirando y lo suficientemente poco para que, en cualquier caso, parecieran dos miradas perdidas sin intención alguna entre cualesquiera otras. «Es ella. No hay duda», pensó. Se encontraba al borde del bar, apoyada sobre la barra y entre dos hombres de aspecto rudo, trajes corrientes, uno con sombrero y otro con boina que aún no se habían quitado.

Los camareros, que seguían acercándose a los grupos de invitados con sus bandejas repletas de entremeses fríos y calientes, se

detuvieron cuando el maître hizo llamar a los asistentes al salón, colmado de grandes banderas nacionales junto con símbolos del Tercer Reich, preparado para el ágape. Acababan de llegar, casi de forma simultánea, el ministro de Educación, José Ibáñez, primero y poco después el ministro de Justicia, Esteban de Bilbao Eguía, sucesor en el cargo del conde de Rodezno. Probablemente era, pensó Julián, un reconocimiento a la ciudad que durante el primer gobierno de Franco había acogido sus respectivas sedes ministeriales.

El protocolo se había encargado previamente de distribuir los asientos con el nombre de cada invitado rotulado en visibles dípticos sobre las mesas. Martin, casi al límite del tiempo para ello, había tenido la habilidad de conocer el lugar en el que se iba a sentar la dama en cuestión y lograr colocar a Echániz junto a Courtois en una mesa en la que aquellos pudieran verse.

Fue entonces cuando comenzaron los discursos y los homenajes entre aplausos y vivas enfervorecidos por España y por Alemania, en varias ocasiones expresada como la gran nación hermana. El alcalde de Vitoria dio la bienvenida a las personas ilustres que se encontraban en ese momento entre ellos y antes de ensalzar la labor que la Milicia había llevado a cabo en la ciudad, dio paso a los siguientes intervinientes hasta terminar haciéndolo el cónsul de Bilbao, quien había representado a Hitler en España y Portugal desde 1933 y se enorgullecía de ser amigo personal de Goering, ante la mirada complaciente de los militares que en representación del Tercer Reich se hallaban entre los asistentes luciendo con orgullo, en sus trajes, sus condecoraciones. No se olvidó, Burbach, de agradecer su apoyo al diplomático Gillio Manzini, que en representación de Italia, país al que se refirió también en términos fraternales, recordando con afecto a su Aviación Legionaria, se encontraba presente. Tras ensalzar vivamente las figuras del Führer, de Franco y del Duce, lanzó un emotivo discurso en el que recordó «con orgullo patrio aquel otro, hace ahora, algo más de cuatro años, cuando muchos de los que estamos aquí nos reunimos en otro homenaje que las autoridades civiles y militares de esta hermosa

ciudad nos dispensaron a las naciones amigas y hermanas». Se refería al homenaje que a finales de noviembre de 1936, en la plaza de España, engalanada con las banderas de los países homenajeados, se había llevado a cabo a Alemania, Italia, Portugal, Guatemala y El Salvador que habían reconocido al Gobierno del general Franco tras su levantamiento contra la República. Entonces, desde el balcón del Ayuntamiento, el alcalde de la capital alavesa, el gobernador militar y el propio cónsul alemán de Bilbao habían irrumpido en acalorados discursos y a su término un vistoso desfile había transcurrido por la calle Dato y ante el palco de autoridades sito en la plaza del Arca, hasta llegar a la cancha del frontón vitoriano, centro de gran animación social en cuya entrada una placa recordaba la donación de Felicia Olave al Ayuntamiento, donde finalmente sería servido un vino de honor al son de los himnos de las naciones homenajeadas por la banda municipal.

Tras los vítores, salutaciones y brindis, precedido por una breve plegaria del obispo monseñor Lauzurica, que en 1937 había sido nombrado administrador apostólico de la diócesis de Vitoria, llegó el menú: caldo de pescado, timbal de langostinos, cazuelitas de caracoles y ave al whisky, regado todo ello con vinos de Rioja y como postre: tarta de manzana acompañada de un buen espumoso del Penedés.

De vez en cuando Julián ojeaba disimuladamente a la mujer, a cierta distancia, a la derecha, en el lado opuesto. Junto a ella un orondo civil cincuentón de cara redonda rematada por un fino bigotito en línea recta, tan negro como el escaso cabello que saliendo de una frente despejada, hacía atrás, cubría su falta apelmazado de brillante y grasienta gomina, hacía ojitos con la joven mientras no paraba de hablar. Entre copa y copa, cada vez más animado, conforme el rumor de la sala crecía en intensidad, él se aprovechaba, bajo el pretexto de que las palabras costaban hacerse entender, para acercarse más al oído de la mujer. Esta simplemente lo escuchaba y, en ocasiones, sonreía. Más allá, a su izquierda, se hallaba el hombre del sombrero de la barra y junto a este el de la boina. En una ocasión en que Julián levantó la vista al

volverse a su derecha a comentar algo a Jean Pierre Courtois pudo ver que ella lo estaba mirando al ladearse para escuchar a su rollizo interlocutor, o eso le pareció, pues esta cambió rápidamente su mirada hacia la nada disfrazándola con una hermosa sonrisa.

Sin embargo, otros ojos se sostuvieron más de lo permitido, cuando justo a su frente, un poco a la izquierda, se cruzó con los de una señora de mediana edad que desde el comienzo de la cena no había dejado de cotorrear con otra a su lado. No era la primera vez que Julián se había apercibido de esa mirada, pero conforme avanzaba la velada aquella se hacía más larga y descarada, hasta el punto de llegar a considerarla un tanto provocadora. Al lado de ambas mujeres distinguidos caballeros conversaban con quienes se hallaban en sus otros costados. Julián supuso que serían sus maridos o parejas y, era evidente, que no se hacían demasiado caso.

Más le intrigó otra mirada, la de un civil alto, flaco pero fibroso, de ojos rasgados, cara estrecha y alargada, y con remarcadas arrugas, a pesar de no parecer entrado en años para poseerlas; producto, quizás, de cierta aversión hacia la vida, lo que, por consiguiente, le dotaba de un aspecto extraño, huidizo y antipático. Vestía un traje negro, sobrado, que acentuaba su delgadez, camisa azul oscura y corbata también negra. Julián había observado que era zurdo al comer, por eso entendió que portara el arma bajo su axila derecha; cuyo bulto, un rutinario movimiento lo había delatado a los ojos de un experto. En ocasiones hablaba con un oficial militar alemán sentado a su lado, que Julián creía haberlo visto alguna vez en el Bavaria, o en el Gambrinus, o quizá en el bar de Farrell, de la capital donostiarra. «¿Quién sabe?», se dijo, entre un confuso ruido de voces. Era la segunda vez que había visto al hombre seco y enjuto fijarse en él con cierto interés.

Conforme discurrían los postres y el espumoso, el jolgorio se acrecentaba y la orquesta afinaba sus instrumentos hasta que resonaron los himnos nacionales. Los asistentes puestos en pie, copa

y brazo en alto, lanzaron vítores a sus términos, aún más eufóricos, si cabe, ardidos por el alcohol. A Julián, como a Courtois, el nudo de repugnancia que sintieron en sus estómagos no les impidió clonarse con los allí presentes en los actos de exaltación. Nada debía causar sospechas. Eso era lo inteligente y eficiente de cara a sus objetivos. Además no era sino parte de su oficio: mostrar una apariencia falsa, contraria a sus ideales. Y, si estos no existían, a los de quienes les pagaban; todo con el fin de introducirse en el enemigo para desde dentro obtener información, propagar desinformación y, en definitiva, socavar o destruir a aquel. Incluso el semblante de uno había de aparecer radiante y feliz en esos momentos, mimetizándose con el enemigo, a pesar de todo; por lo que Julián, que le gustaba mantener el control total de sus actos, apenas probaba alcohol alguno. Así procuraba mantener todos sus reflejos en perfecto estado, tanto los psíquicos como otros físicos si se daba el caso. Sin embargo, eso mismo, requería cierta fortaleza mental, pues al fin y al cabo, era sentir a flor de piel que tu existencia, como la de cualquier agente, no era sino una farsa. Eras ni más ni menos que un farsante dentro de la tragicomedia de la vida.

Julián, al tiempo que brindaba en alto, observaba a su derredor, pendiente siempre en su estado de alarma permanente, los rostros de los simples, carentes del pensamiento profundo, los que abundan en toda época y lugar, tanto en un bando como en el otro; sometidos voluntariamente o por la gracia del impositor del orden, sea o no impostor, al mismo; convencidos por sí, o por el sol que más calienta. Y allí estaban dando gritos de euforia, por la guerra recién ganada y por la que en ese momento también se auguraba, que expandiría por todo el planeta el orden de los justos e iluminados. «En el fondo, es parte del ser humano sentir la necesidad de estar junto a los vencedores», pensó.

Tras los himnos la orquesta comenzó a interpretar canciones populares y la gente comenzó a moverse. Fue al acercarse a la barra, a pedir un café, cuando Julián se topó de bruces con la mujer. Ella se daba en ese momento la vuelta, tras recoger el suyo,

cuando, entre la muchedumbre, apenas pudo mantener la taza en posición.

—Perdón. Excúseme —dijo Julián—. Ya le pido otro y se lo llevo a su sitio.

—No, por favor. He sido yo. Además veo que se ha salvado la taza y su contenido —dijo ella, con una amplia sonrisa.

—¿Está segura?

—Segura… totalmente. Gracias.

Había sido un acto casual, no premeditado, el que les hizo estar tan próximos que Julián creyó sentir el efluvio de su cuerpo perfumado. En la cercanía le pareció aún más bella. Unas pecas resaltaban sus pómulos que en esos segundos se habían decolorado por un rosa ruborizante. Parecía tan candorosa que no le pegaba la historia que la acompañaba. Poco después la vio en compañía del orondo vecino de mesa. Los perfiles de sus figuras de pie contrastaban en medio del túrbido delirio que a esa hora se había desencadenado. Ella esbelta, alta y fina; el hombre rechoncho del bigotillo, más bajo que ella, amparado sobre la cachava de su poder, eran rodeados por los grupos que en filas iban al son de la pachanga. Estaba clara la obstinación de ese hombre por la mujer: «¿Quién será?», se preguntaba Julián.

Era el comienzo de la noche, y esa noche loca era joven, no tenía fin. Tras el primer bullicio al ritmo de la orquesta vinieron distintas actuaciones en una mezcla de estilos que los organizadores no

habían querido dejar. Todo había comenzado con un aurresku seguido por diversos bailes tradicionales vascos a cargo de txistularis y dantzaris de un grupo local de Vitoria. Después, un nutrido coro de seminaristas de Vergara interpretó cánticos gregorianos; y sendos grupos llegados de Artajona y Tafalla cantaron jotas navarras. Luego vinieron canciones mexicanas y algunos pasodobles bailados con maestría por una pareja profesional a la que no tardaron en sumarse aficionados atraídos por la fuerza de la música; hasta que, con cuidado de la censura, se desmadró un tanto la verbena, con algún ritmo cubano y otros, que sin embargo, la alegría del momento haría tapar. Y, tras ello, llegaron los bailables románticos.

La orquesta interpretaba algunos valses que algunas parejas se habían puesto a bailar. Julián se estaba convirtiendo en el rey de la fiesta, conforme Jean Pierre Courtois que seguía hablando con unos y con otros, ensalzaba las virtudes de su amigo americano, y este mostraba el esplendor de su riqueza, invitando y mostrando el dinero que tan pronto gana adeptos y amistades; pero sin perder en ningún momento, por el rabillo del ojo, la estela de aquella mujer.

Hizo una buena labor de relaciones públicas. Había mostrado su dinero convidando y agasajando a unos y otros y dejado una estimada sensación de buen gusto y poderío. Un americano simpatizante del sistema con posibilidades, dinero y grandes proyectos para levantar la débil economía del régimen, resultaba muy atractivo para aquellos civiles o militares que pronto comenzaron a interesarse por el señor Morrison y desde luego a querer amigarse con esa persona que halagaba sus instintos en el primor de sus sueños. El rumor del rico americano no tardó en hacerse un eco entre todos los asistentes, y como suele ocurrir, en cada transmisión, aumenta o disminuye en función de la tendencia. Así que, a la suma, el señor Morrison se convirtió en un mágico conquistador de sueños y fantasías, lo que si por un lado era bueno, al menos en ese momento de mentes calenturientas y alcoholizadas por sus afanes; por otro disminuía su libertad para actuar sigilosamente, mostrando sus verdaderas habilidades de

conquistador ante la mujer objetivo.

Se sentía impaciente. Debía actuar antes de que fuera demasiado tarde. Tenía que intentar hacer algo, cuanto antes, así que se excusó de cuantos lo rodeaban y fue a sentarse a la barra. Había visto un taburete libre desde donde tenía una buena posición no solo para ver, sino también para que ella lo viera: estaba allí, delante, ahora sentada en unos sillones ante la pista de baile, cuando vio al hombre de la cara arrugada, quizá por aversión hacia la vida, que se acercó a ella, diciendo algo al orondo cincuentón, que se apartó, bien a su pesar; se sentó a su lado y habló con ella; siempre con ese rostro empalagado de odio y amargor. Ella asentía, como si recibiera órdenes, y en ese momento, como si hablaran de su persona, Julián observó que la joven, en un par de ocasiones, había levantado la vista hacia él, pero prefirió mostrarse indiferente. Luego el hombre alto levantó su flacura desgarradora y se fue dejando allá a la mujer. Ella volvió a dirigir su mirada hacia Julián, esta vez de forma más directa, aun escudada por la copa con la que humedeció sus labios. Un poco más atrás se sentaban el hombre del sombrero y el de la boina, siempre a su alrededor, como si guardaran sus espaldas. Una espalda muy bonita, la que dejaba insinuar la abertura trasera del vestido al darse la vuelta y que Julián, como muchos otros, llegaron a soñar acariciar.

Julián pagó la tónica fría con limón que acababa de pedir. Estaba decidido a abordar a aquella mujer, «ahora o nunca», se dijo, cuando dejó espacio a una señora que se había acercado a la barra. Tardó un momento en percatarse de que se trataba de la mujer de mediana edad que durante la cena no le había quitado ojo. Se había puesto tan cerca de él, que incluso Julián se excusó, moviendo el taburete, dejando a la señora algo más de espacio.

—No se preocupe. Estoy muy bien —dijo ella, con una sonrisa demasiado insinuante.

Julián simplemente hizo un gesto de asentimiento, bajando la cabeza. No tenía intención ni ganas de hablar con ella.

—Me han dicho que es usted americano…, pero que habla muy bien español —dijo la señora, al tiempo que se echaba a reír, con una risa nerviosa.

—Bueno, eso espero —dijo Julián, con gesto humilde.

—Me llamo Encarna —dijo ella, extendiéndole la mano.

—Mucho gusto señora —dijo él, al tiempo que hacía una leve reverencia.

—¿Y usted?

—Yo. ¡Ah, sí! Morrison, Michael Morrison.

—¿Va a estar aquí por mucho tiempo?

—No sé… Depende. Ya sabe… negocios…

—¡Claro!

Julián no dejaba de mirar a la mujer objetivo. Estaba justo en su línea frontal. Ahora escuchaba de nuevo al tipo orondo, parecía prestarle poco interés, se había colocado de perfil, su fino vestido azul le caía graciosamente bajo la rodilla que ella se sujetaba enlazada por sus manos. A veces Julián creía percibir sus miradas, cada vez más directas y menos espaciadas, y esperaba que no fueran simplemente aleatorias, cuando vio cómo su insistente acompañante se ponía de pie, se estiraba los tirantes con los colores de la bandera nacional, se mesaba la fina línea recta de su bigote, en una serie de actos autómatas, producto quizás de la tensión del momento, cogía la mano de la mujer y la conducía a la zona reconvertida en pista de baile.

—¿No le gusta bailar? —preguntó la señora.

—Perdón, ¿cómo dice? ¡Ah, sí!, bailar… bueno, no se me da bien… —La mujer del vestido azul danzaba en medio de la pista y por encima de la cabeza de su pareja abrió los ojos lanzando una directa mirada a Julián—. ¿Acaso, quiere usted bailar?

—Me encantaría

Julián se levantó, cogió de la mano a la señora y salieron a la pista.

—¿Ha venido sola?

—No, con mi hermano, una amiga y su marido, amigo a su vez de mi hermano. Siempre están juntos.

—¡Ah!

—¿Y usted?

—Con unos socios. Negocios ya sabe.

—Ya. Los hombres…

La mujer del vestido azul se había vuelto a sentar, y el obstinado hombre de los tirantes nacionales había desaparecido. Era, pues, el momento. En cuanto terminó la siguiente pieza Julián se excusó.

—Lo siento, debo juntarme con algunas personas. Ya sabe, la obligación se antepone al deseo.

—Bueno… —dijo la mujer llevándose un cigarrillo a los labios—, en todo caso, si en algún momento de la velada, entiende que es hora de dar también un capricho al deseo, estaré por aquí.

—Desde luego. Lo tendré muy en cuenta.

7

Julián fue a la barra y pidió dos tazas del humeante y oloroso café degustación que servían, y, sin pensárselo dos veces, se dirigió directamente hacia la joven del vestido azul. Se hallaba sola, aun recubierta por las miradas de sus secuaces.

—Si me permite. Lo prometido es deuda. Quisiera volver a excusarme por mi descuido.

—¿Qué descuido? —dijo ella, un poco ruborizada, pero sin perder la frescura con una bella sonrisa.

—Casi le tiro el café.

Ella lanzó una leve carcajada.

—Fue el azar, en medio del gentío. Usted no tuvo culpa alguna. En todo caso, sería compartida. No necesita disculparse.

—La verdad es que quise hacer antes esto, pero usted estaba acompañada…

—¡Ah, sí!... Él…, ha tenido que salir… Una llamada inesperada del Ministerio.

—Me llamo Morrison. Michael Morrison. Puede llamarme Michael. ¿Y usted, puedo saber cómo se llama?

—Carmen.

Julián adelantó su mano cogiendo la de la mujer con una breve inclinación haciendo amago de besarla.

—¿Permite que me siente?

—Sí. Puede hacerlo.

La mujer miró su reloj de pulsera, luego ya sin el sonrosado color que había cubierto en el primer momento sus delicados pómulos, y mientras removía pausadamente el café con la cucharilla, dijo:

—Ha tardado más de lo que esperaba.

—¿Cómo dice?

La orquesta interpretaba un romántico musical en el que sobre las notas de violín, piano y el charles de la batería predominaba la trompeta. El bullicio ahora se veía apagado por la melodía que lo cubría todo. Algunas parejas bailaban a media luz en una atmósfera incandescente que envuelta en el humo de los cigarrillos subía en

grados la temperatura en el interior de la sala. Julián, en su papel de Michael, miraba a la mujer que en la cercanía le parecía aún más bella. Ella, sin embargo, en lugar de contestar, lanzó al aire cargado otra pregunta, vagamente, como si la hiciera para sí misma:

—¿El americano?

—Por lo que veo ha oído hablar de mí.

—Los rumores se propagan con inusitada velocidad por esta sala llena de vanidad.

—Espero que haya oído buenas cosas.

—Nunca doy demasiada importancia a los rumores.

—¿Y a qué da importancia?

—A los hechos… ¿Y usted?

Ahora era el piano, tan solo arropado por un leve tintineo provocado por los palillos que hacían sonar los platillos.

—Tengo mis gustos, como todo el mundo, pero hay algo que me apasiona.

—¿Puede saberse qué es?

—Conocer el interior de una mujer cuyo exterior me ha cautivado.

—¿Y se ha llevado muchos chascos?

—Algunos.

—¿Sabe? Usted no es buen partido para una dama seria.

—¿Cómo?

—Esos ojos, esa mirada embaucadora, esos labios… Todo en usted es la imagen de un conquistador. De un cazador.

—¿Un cazador? Está siendo muy dura conmigo.

—Los hombres con ese perfil se sienten seguros de sí mismos y son caprichosos. Se encaprichan de las cosas que les gustan a primera vista, entre ellas consideran también a las mujeres, claro; y luego, cuando las consiguen, se acabó, las abandonan para ir a por otra.

—Está muy equivocada…, en lo que a mí respecta.

—Eso dicen todos, sin embargo no suelo equivocarme en esas cosas.

Julián analizaba a la mujer, sus gestos, su respiración antes de contestar. Sentía que ella le estaba desarbolando.

—Dígame entonces, qué puedo hacer para que usted cambie ese concepto de mí.

—El tiempo y los hechos son los que pueden cambiar una primera imagen.

A su hermosura se unía la entereza y seguridad en sí misma. Su mirada era directa, aportaba claridad. Julián quería dar la vuelta a la situación:

—Por lo que me cuenta veo que ha tenido alguna experiencia desafortunada.

—Es posible.

—O sea que a pesar de su exquisito olfato para intuir a las personas, ha tenido sus fracasos.

El batería tocaba muy suavemente con un melodioso ritmo el contorno de la caja con el palillo tumbado al tiempo que con el pie

izquierdo hacía chasquear los platillos del charles. Al solo del piano se sumaba, ahora, la calidez del saxo. Julián, dio un sorbo al café que se había templado. Luego, dijo:

—Por cierto, volviendo al principio. Ha dicho antes que había tardado más de lo que esperaba. ¿A qué se refería?

—A usted.

—¿Cómo podía estar tan segura?

—Intuición femenina…, y cierta experiencia.

—Es usted muy joven para hablar de experiencia.

Antes de contestar, en ocasiones, Carmen ganaba segundos jugando con la tacita del café o con las cuentas del collar de nácar:

—En estos tiempos no hace falta vivir más para saber ciertas cosas.

—Desde luego, en lo poco que llevamos de conversación, no parece ser una mujer fácil de seducir.

—Para saberlo deberá previamente intentarlo.

—¡Claro! Pero parece que a usted le gusta dominar las situaciones.

—Puede ser un mecanismo de defensa.

—… Por lo que me ha dicho antes. ¿La imagen de conquistador?

—Puede ser.

—Es un problema que te persiga una imagen que quizá no sea la real.

—Solo tiene que mirarse al espejo.

—¿Y qué me dice de usted? Sabe que es una mujer tan atractiva que pone tiempo a cualquiera que la mira conocedora del imán de su belleza. O sea, si me lo permite, en eso estamos empatados.

—Bien, lo acepto... El envoltorio sabemos que es bonito; ahora, como ha dicho antes, hace falta conocer el interior.

—Y ahí entra la psiquis, la inteligencia…

—Las emociones…

El piano sonaba junto a los suaves compases de la trompeta. Por debajo un suave tintineo golpeaba en el centro del plato grande. La música embriagaba el ambiente con un cálido y lejano vahído en el que, en ese momento, fluían vagando esas emociones. Carmen cerró los ojos moviendo la cabeza al son de la melodía que penetraba en su interior, flotando en aquellas sensaciones. Y Julián no pudo sino invitarla:

—¿Le apetecería bailar esta pieza?

Carmen no dijo nada, solo se levantó. Él fue tras ella hasta el centro de la pista. Había demasiadas miradas tan indiscretas como interesadas y ambos lo sabían.

Bailaron y bailaron, pieza tras pieza. En un momento dado, Carmen, se apoyó ligeramente sobre el hombro de Julián embriagada, quizá, por ese aire de melancolía que, el suave rumor musical tamizado por luces disminuidas, transmitía.

—Hace demasiado calor aquí —dijo ella.

—¿Le apetece salir a dar una vuelta al frescor de la noche?

Fueron unos segundos de silencio. Luego contestó:

—Sí. Creo que me vendría bien.

Antes de salir volvieron a su sitio, luego Carmen dijo:

—Espéreme en la salida.

Ella se dirigió previamente al tocador. Julián se puso el abrigo negro, se subió el cuello, quitó disimuladamente el seguro de la pistola y salió al exterior. Mientras respiraba profundamente pensaba en lo extraño de una llamada inesperada del Ministerio a su misterioso acompañante. Carmen tardó unos minutos. Se había retocado los labios con un rojo intenso, un bonito pañuelo floreado en tonos azules y amarillos rodeaba su estilizado cuello, cuando se cerraba el abrigo, del mismo tono y largura que el vestido, y se acercaba a él a paso ligero, con cara alegre y desinhibida. Él la miró y sonrió. «Está bellísima», pensó, pero no dijo nada. La sonrisa hablaba por sí sola.

Conforme se adentraban en la oscuridad y el silencio, en medio de la vía pública, ella se puso unos guantes, luego pasó su brazo izquierdo por el derecho de Julián. Con los tacones era tan solo un poco más baja que él. La noche se mostraba gélida. No había un alma en la calle. El silencio era profundo, solo se escuchaban sus pasos sobre el asfalto. La luz de las farolas débil y escasa. El cielo despejado mostraba con claridad las estrellas y la luna, al frente, brillaba en un bello cuarto creciente.

—¿A qué ha venido? —preguntó ella.

—Inversiones. Neutralidad. En medio de la guerra que asola a Europa, España, tras haber sufrido la suya, es ahora, un pozo de oportunidades. Solo hay que saber dar con ellas.

—¿Y las ha encontrado?

—En eso estoy. Por ejemplo, acabo de entrar en el sector de la cosmética femenina.

—¡Vaya!

—Sí. Los pintalabios son el presente y el futuro.

—No me diga.

—No es que lo diga yo. Lo dicen otros que deben saber más. Hace poco la revista británica Vogue ponía esas mismas palabras en boca de Winston Churchill. De hecho se ha convertido en producto esencial para las naciones aliadas en plena guerra. Actúa en la psicología, no solo femenina, también masculina. Es la esperanza, empodera el ánimo y levanta la moral, en busca de un futuro mejor.

—Hitler no parece pensar lo mismo.

—Es cuestión de tiempo. Las grandes marcas: Elizabeth Arden, Helena Rubinstein y otras están lanzadas.

—Y sin embargo, los huevos, el azúcar o la gasolina se hallan racionados.

—El efecto psicológico lo convierte en producto de primera necesidad… y está dando sus resultados eficientes.

—Bueno, espero que algún día me regale un kit de maquillaje.

—Se lo prometo.

Las estilizadas figuras que la escasa luz de las farolas prolongaba, proyectadas en sombras maniqueas, caminaban en medio de las calles oscuras, desiertas y frías. La inexistencia de ruido alguno hacía retumbar sus propios susurros cuando, de repente, se oyó rodar un bote. Ambos se sobresaltaron. Julián, instintivamente, llevó su mano a la culata de la pistola. Con la respiración cortada se volvieron sobre sí. No se divisaba nada extraño. Fue entonces cuando vieron a un gato negro que se escondía bajo un automóvil aparcado en la calle. Se miraron, se rieron y por fin decidieron regresar hacia el hotel.

Un poco antes de la entrada del hotel, amparados bajo la mayor oscuridad del profundo dintel de piedra de un portal contiguo, Julián se detuvo, se volvió hacia la mujer, y preguntó:

—¿Es el momento de despedirnos?

—Sí.

—¿Nos volveremos a ver? ¿Me gustaría saber más de usted?

—Probablemente. Yo también quiero saber más de usted.

—Entonces, ¿qué le parece que mañana quedemos para desayunar?

—No es posible.

—Para comer…, cenar… Me hospedo en el hotel.

—Entonces, ya le avisaré.

Fueron unos segundos en silencio. Un silencio tan intenso que abrumaba, solo roto por el rumor procedente de la fiesta que aún perduraba en el interior del hotel. Ambos rostros frente a frente. Ambos contorneados por sombras de dudas y temores. Las miradas cruzadas, los labios despegados, esperando, hasta que, lentamente, fueron acercándose, en una atracción superior, y cuando se hallaban a unos pocos centímetros, Julián sintió al borde de su boca la fina textura del guante de piel que cubría el dedo de la mujer que frenaba su impulso.

Ella entró en el hotel. Julián lo hizo detrás. Ya no se volvieron a mirar. Desde una ventana del primer piso, que daba a la calle, un poco después, Julián vio salir a la mujer. Tras unos pasos, un coche negro, brillante bajo la luz de una farola, se detuvo. Carmen entró por la puerta trasera. No se podían distinguir las figuras de los integrantes del vehículo, pero a Julián le pareció entender que, en

la parte delantera, iban dos hombres.

8

Esa noche Julián apenas había podido dormir sometido por la excitación de la velada. Tras afeitarse, acicalarse y ducharse bajó a desayunar.

Tenía por costumbre sentarse en el mismo sitio de siempre, si estaba libre por supuesto. Esa noche, por la fiesta, las habitaciones del hotel se hallaban todas ocupadas y se notaba mayor ajetreo en el desayuno. Algunos le reconocían y él replicaba los saludos. Al poco de sentarse en su mesita, mientras miraba al exterior por el ventanal, escuchó a Martin:

—Le dejo estos periódicos. Fíjese en la página de sucesos… ¿Lo de siempre?

—Sí, por favor.

Una noticia, de esas que los periódicos suelen destacar, no solo por el hecho en sí, sino también por la importancia del finado, aparecía sin embargo de forma breve y muy amortiguada en una página interior, incluida de urgencia antes del cierre de la última edición. Decía que a primeras horas del alba unos trabajadores se habían encontrado en el Parque de la Florida el cuerpo de un hombre colgado de la rama de un árbol. Personado el juez de guardia con el médico forense lo habían identificado como el del ilustrísimo señor don Rodrigo Fernández López, un alto representante del Ministerio del Ejército, quien al parecer había asistido esa misma noche al homenaje y fiesta celebrada en el gran hotel Frontón. Una esquela del propio Ministerio y otra de la familia aparecían cerca de la

noticia. Ambas mostraban la misma foto en blanco y negro del difunto en la que destacaba la negrura del bigote recortado en una fina línea recta. «Es él, sin duda. El hombre que estaba con Carmen», se dijo Julián para sí.

Aún no sabía absolutamente nada de esa enigmática mujer, pensaba Julián; sin embargo, estaba claro que, a su paso, iba dejando un largo reguero de cadáveres a su alrededor.

Antes de regresar a su habitación pasó por recepción donde se hallaban ya expuestas las fotos que el fotógrafo, que había cubierto la fiesta, había dejado para quien quisiera solicitar copias. Solicitó todas en las que aparecía Carmen así como algunos otros personajes en los que se había fijado de manera más concreta, que en algún momento se habían relacionado con ella. «Estarán para el jueves», le dijo el recepcionista que había tomado nota.

A partir de entonces los días comenzaron a pasar en medio de una monótona rutina que exacerbaba a Julián pues era un hombre de acción. Leía los periódicos a la espera de nuevas órdenes, paseaba por Vitoria, se tumbaba sobre la cama mirando el cielo a través de la ventana y sobre todo, pensaba en aquella mujer. «Los agentes debemos tener paciencia y estar preparados para el momento de la acción. Hace falta saber esperar pacientemente, como el felino ante su presa», recordaba que solía decir Blanchard. Él pertenecía a labores de ejecución, pero necesitaba, ahora más que nunca la labor de los de información. «No puedo seguir más así, parado y expuesto a cualquier cosa, en este escaparate en el que todo el mundo sabe que estoy. Tarde o temprano vendrán a por mí», pensaba en ese momento, cuando alguien tocó con los nudillos la puerta de su habitación.

—¡Servicio de habitaciones!

Julián reconoció la voz de Martin, no obstante, antes de abrir la puerta cogió la pistola y se dispuso a hacerlo con el máximo cuidado. Una vez comprobado que Martin se hallaba solo le dejó pasar.

—¿Se sabe algo? —preguntó Julián.

—De ella nada, pero algo va dando sus frutos. La vía de Courtois parece que puede dar, por fin, algún resultado. Tras haber ido profundizando entre sus informadores, al final se ha llegado a uno que podría aportar algo. Esta noche a las once ha quedado con él. Parece que ha conseguido algo sobre ella.

—¿Qué?

—Aún no sabemos nada, para eso la reunión de la noche.

—¡Joder! ¿Y yo que hago aquí, parado y expuesto?

—Tranquilo. Estamos Pablo y yo, vigilantes.

—Quiero asistir a la reunión con Courtois de esta noche.

—No sé. Bueno, veré qué puedo hacer.

—Necesito estar informado de primera línea.

A las once menos cuarto, un coche esperaba a Julián en la puerta del hotel.

—Nadie sabe nada de esa mujer —dijo Jean Pierre Courtois.

—Tanto espía y nade sabe nada —protestó Julián.

—Y esto, lo de esta reunión, es cosa mía —alega Courtois al volante del vehículo—. ¡Ah! Por cierto, recuerdos de Mike Farrell, el del bar de Farrell.

—El verdadero americano —dice sonriendo Julián.

Courtois asiente y añade:

—Gracias a él nos pusimos en contacto con un tal Iriarte. Lo puso como un hombre serio y de confiar. Iriarte estudió en el Colegio Alemán de San Sebastián y perteneció al Servicio Vasco de Información de Leizaola. Tiene buenos contactos e información contrastada con los nazis que están al otro lado como funcionario de aduanas.

—¿Y?

—Pues que en relación con las acciones de Navarra o de Álava, donde pensamos actúa esa mujer, Iriarte nos condujo ante este, al que ahora vamos a visitar. Se llama José Olaeta. Estuve un día con él, la semana pasada. Iriarte lo conoce de su estancia en Bilbao en plena guerra civil. Antes de la guerra había vivido unos años en Munich. A mediados del 39 montó un pequeño bar en Bilbao, al año tuvo problemas con el casero, por lo que se trasladó y abrió un asador aquí, en Vitoria, que está funcionando bien. Por su estilo se ha popularizado entre los alemanes de la zona y también va a comer mucho funcionario, obreros del ensanche, en fin que trabaja y se relaciona.

—¿Y ya es de fiar? —pregunta Julián.

—Ya sabes cómo va esto. Mike Farrell nos lleva a Iriarte, bajo su confianza, quien a su vez nos remite a este otro, señalando ser de fiar.

»Pues bien, la semana pasada le entregué las fotos de la fiesta donde aparece esa gente. Dijo que le diera unos días, que iba a ver lo que podía sacar.

—¿Qué impresión te dio? —preguntó Julián.

Courtois se encogió de hombros y dijo:

—¿Quién diablos sabe? ¿Acaso te puedes fiar de alguien? En la cadena todos han puesto la mano en el fuego por el siguiente.

¿Quién sabe? Lo que sí es verdad que cobrar, cobran una pasta… No sé —parecía dudar—. Son gente que se mueve en un lado y en otro. Blanchard, como siempre, a través del cónsul alemán en San Sebastián, remitió los datos de los informadores a la Embajada para el MI6. Estaban limpios. Según dicen los informes, tanto este como el otro, en un principio fueron pro-germánicos, pensaban que eran la solución para acabar con el general Franco; pero luego, con la camaradería de estos con el régimen franquista, se movieron hacia el otro lado. Ya hemos llegado. Es ahí, enfrente.

El local era pequeño pero acogedor. Un rótulo lo anunciaba como Asador Josechu. Dentro, las paredes se hallaban revestidas de fotos de jugadores y símbolos del Athletic Club de Bilbao que se combinaban con imágenes de la Luftwaffe y diversa publicidad de artículos germanos. Un par de posters mostraba calendarios alemanes de mujeres sugerentes; en uno de ellos vestidas con uniformes nazis, en el otro se lucían en bellas playas con atrayentes bañadores. En ambos destacaban los símbolos del Tercer Reich.

Era jueves y apenas quedaba gente en un par de mesas terminando de cenar. Se sentaron en un rincón. Una rubia camarera se acercó a atenderles. Pidieron la carta: «Algo suave, pues se ha hecho tarde» dijo Courtois.

Poco después salió Olaeta, mirándolos de reojo. Llevaba la cuenta a una mesa en la que había dos hombres tomando café y con los que se puso, amigablemente, a hablar en alemán.

—Un momento. Ahora les atiendo. Pueden ir mirando la carta — dijo el dueño del asador a los recién llegados.

Pero fue la camarera rubia quien les atendió y sirvió y no fue hasta

que se hubieron ido los ocupantes alemanes cuando José Olaeta se sentó junto a ellos.

—¡Umm! Han sabido pedir bien —dijo mirando los platos con unas suculentas salchichas blancas con patatas fritas, pimientos y ensalada que comían Julián y Courtois—. Son auténticas alemanas, de la charcutería de Hermann Thate en Hurtado de Amézaga de Bilbao. Todas las semanas voy a proveerme de ellas. ¿Exquisitas, verdad?

—Sí que lo son —dijo Jean Pierre Courtois. Julián no dijo nada—. Es Michael Morrison, una persona de confianza.

—Ah, sí, el de la fiesta…

—¿Tenemos algo?

—No mucho. Nadie sabe nada de esa mujer… Y puedo decirles que tengo las mejores fuentes de información.

—Caras sí son —dijo Courtois.

—¡Claro! Está relacionado con la calidad de los contactos —dijo Olaeta.

—¿Pero no sabemos nada? —exclamó Courtois.

—Sí, sí. Hay algo. No es fácil —se excusó Olaeta—. A tenor de las fotos parece que coincide, aunque con otro tono de pelo rubio, con una tal María Elena Aldaz Müller. Con licencia para moverse y transitar libremente por España. Otro dato: desde mediados del pasado año 1940, ha pasado en muchas ocasiones, todos los meses varias veces, a Francia. Son estancias cortas pues sale y entra en el día.

—¿Seguro que hablamos de la misma mujer? —preguntó Julián.

Olaeta se excusó y al cabo de un momento regresó con una carpeta.

—Esto es para usted —dijo entregando la carpeta a Courtois—. Esa es la imagen de la licencia de la tal Elena. A pesar del cabello y las dudas de la imagen, no parece haber duda de ser la misma. No se ven este tipo de mujeres todos los días —dijo acompañado de una risa socarrona—. Otra cosa es si los datos que figuran en la licencia son auténticos. Probablemente no.

—Natural de Pamplona dice la licencia —lee Courtois.

—Sí, y con apellido materno alemán. No sé. Nada confirma que esos datos sean ciertos, pero al menos constata que ha tenido, o tiene, algún papel con tal identificación —contesta Olaeta.

—¿En cuanto a los otros? —pregunta Courtois.

—Más fácil. Este —dijo Olaeta, mostrando una página con los datos de un individuo—, el delgado de la cara arrugada. Es alemán, al parecer está, ni más ni menos, dentro del equipo de Paul Winzer, el agregado de seguridad de la Embajada alemana en Madrid y reputado miembro de las SS, encargado de la formación de la policía franquista. En cuanto a estos dos —los hombres del sombrero y la boina que acompañaban a la mujer—, son de aquí. Estos son sus datos.

—De acuerdo, Olaeta… Ahora necesitaríamos sacar más información de esa mujer. ¿Dónde está? ¿Qué hace?… —dice Courtois, recogiendo la carpeta del dosier.

—Es una mujer sin registro alguno. Una especie de espectro inexistente. Quizá dentro de algún programa especial —recalca Olaeta.

—¿Programa especial? —pregunta Courtois.

—Sí. Sin antecedentes, sin registro alguno. Todas sus huellas históricas borradas. En cualquier caso, solo he podido trabajar unos días —señala Olaeta con una mirada que pide comprensión a Courtois—. En cuanto sepa algo más se lo comunicaré por la vía acordada.

Se habían levantado para despedirse. Julián se colocaba el sombrero y comenzaba a salir cuando se dio la vuelta hacia el dueño del asador y dijo:

—Por cierto, ¿se sabe algo más del suceso del hombre relacionado

con el Ministerio del Ejército ahorcado en el Parque de la Florida?

—Uff. Top secret. Se ha decretado secreto de sumario por el juez instructor, aunque todo aduce a que se cerrará con la comunicación oficial dada —contesta Olaeta.

—Oficialmente, un suicidio —dice Courtois.

—Sin embargo en unas breves declaraciones que hizo la viuda a una radio local dijo que no había dejado nota alguna, que últimamente lo veía más feliz que nunca, solo que trabajaba demasiado, incluso festivos y hasta altas horas de la madrugada muchas veces… —añade Olaeta.

—Pero, realmente, ¿quién diablos era? —pregunta Julián.

—Verdaderamente se llamaba tal como apareció en los medios de comunicación. No tenía un cargo concreto, pero se sabe que era un asesor cercano del ministro del Ejército, el general de División José Enrique Varela, quien, según ciertas lenguas, está siendo sobornado, junto a otros generales, por Gran Bretaña, con grandes cantidades de dólares americanos, tras la autorización de Churchill, con el fin de influir sobre Franco y evitar que España entre en la Segunda Guerra Mundial. El ahorcado, se dice, que era un intermediario y negociador en dichas transmisiones.

De vuelta en el coche hacia el hotel Julián no podía disimular su preocupación:

—No sabemos realmente nada de ella. ¿Quién demonios es?

—Sabemos un poquito más; al menos otra de sus identidades —aduce Courtois—. Desde luego está claro que se relaciona con las tropas alemanas del cuartel general establecido en Biarritz. Probablemente trabaje para ellos, ¿la Abwehr, la Gestapo?

—Hay cosas que coinciden con las de Marie Etchepare —alega Julián.

—Sí pero parece que esta no tiene relación con la red de Bilbao de Helmut Lang, alías Martincho.

—No.

—Pasaré el dossier a Blanchard para el MI6. A ver si sale algo más tirando del ovillo, pero… —dice Courtois—, debes estar preparado: cualquier día aparecerá de nuevo en tu vida. Ya lo verás y entonces quizás tengas una oportunidad de averiguar quién es esa mujer, con tus armas. Mientras, sigue tu vida, como si tal cosa, imbuido en tus negocios, haciendo amigos. No te cierres demasiado, ahora que saben dónde estás.

—Cazador… je… —piensa en alto Julián.

—¿Cómo dices?

—Nada, solo recordaba algo… No sé quién cazará a quién. Hay una trampa que aún no veo. El caso es que no sé quién caerá antes, ¿ella o yo?

9

Los días pasaban sin novedades en una sucesión desesperante de rutina para un hombre impaciente de acción. Julián dejaba transcurrir las horas mientras miraba, a través de la ventana de la habitación de su hotel, la desnudez de las ramas que, despojadas de sus hojas, se calaban a la intemperie de los árboles caducos por la lluvia de aquel invierno frío y solitario. Y fue en esos momentos, en los que el embargo de la nostalgia cargaba la mente con reflexiones sobrevenidas, en los que pensó: «Las horas son para la vida como las páginas para una novela, en ambos casos desconocemos lo que nos aguarda y cuál será el final que nos espera».

A veces paseaba por la ciudad, iba al cine o a los cafés, y en alguna ocasión había tomado la línea del ferrocarril vasco navarro que enlazaba las localidades de Vergara hasta Estella pasando por Vitoria. Se bajaba en la última parada, comía y luego regresaba a su hotel. En su cabeza, a la luz del día y en la oscuridad de la noche, entre las imágenes de aquellas secuencias siempre estaba ella: Carmen, Elena o quién demonios fuera. En sus sueños la veía tan bella como malvada, pero cada minuto que pasaba la deseaba aún más. Sabía que debía exprimir su voluntad hasta conocer cuál era su cometido en la historia que en ese momento les tocaba vivir, a sabiendas de que probablemente tuviera que acabar con esa mujer, si antes no era ella la que acababa con él. En la soledad de aquellas noches, también, se la había imaginado suspirando de placer mientras le hacía el amor y él se recreaba felizmente observando aquel bonito rostro perdido en la inconsciencia del deleite en medio de jadeos impetuosos.

Otras veces, como le había dicho Courtois y a pesar de que no fuera ni su fuerte ni su gusto, ampliaba las relaciones públicas por los variopintos rincones del hotel. Por allí se daban cita artistas,

toreros, políticos, comerciantes, familias adineradas que habían abandonado sus países en guerra, más también traficantes, agoreros, arribistas y todo tipo de fauna de lo más variado que se juntaban con los vitorianos que hacían su vida social atraídos por sus animados salones y gastronomía. A Julián, en verdad, la gente le molestaba, no conciliaba ni sus gracias ni sus simplezas, pero seguía impertérrito en su papel de americano simpático y desprendido.

Allí conoció al barón de Alzueta, natural de Pamplona, de familia originaria del Valle de Salazar. Su bisabuelo, que había alcanzado una gran fortuna a cuenta del contrabando, había sido en su tiempo conocido como el rey de Salazar por su pericia y control de los recovecos fronterizos. Nadie dominaba el paso ilegal de personas y cosas como él. Cuando alguien quería atravesar a la parte francesa, o que lo hicieran sus pertenencias, y por los sinuosos y más bellos parajes silenciosos de los pueblos de la comarca pirenaica se insinuara con el más leve atisbo, enseñando algunas monedas, todas las miradas recelosas lo llevaban a José María Alzueta. Y aunque solo fuera rey por aclamación popular de la gente que lo admiraba al tiempo que lo temía, amigo protector de sus aliados y degollador de chivatos y traidores, pero siempre respetado, con el tiempo, entre los pases, el estraperlo y el tráfico furibundo de alcohol y tabaco amasó una gran fortuna y entre chanchullos, dádivas persuasivas, manipulaciones y prebendas al clero, a las autoridades civiles y militares y a la casa real, acabó también logrando, a su merced, un título nobiliario con el que vestir mejor su irreal hidalguía creando la baronía que sobreviviría a repúblicas y monarquías y que, ahora, correspondía a su sucesor: hombre rollizo y de buen vivir; y a pesar de que las generaciones anteriores se hubieran cargado toda la fortuna, al menos, como contaba, le quedada el título que aunque no llenaba el plato lo mostraba con orgullo: «Abuelo emprendedor, padre vividor y nieto pordiosero», decía y a continuación se echaba a reír grandilocuente. Al menos —seguía—, le habían dado una carrera, que bien había aprovechado su época de estudiante, en la que estos no abundaban, y en la que se lo había pasado en grande, tal como relataba y así, recordaba, con la inusitada ilusión que sabía transmitir en sus conversaciones,

entre copa y copa, esos tiempos de poco dinero, cuerpos famélicos y mucha farra y desenfreno.

A Julián le caía muy bien, disfrutaba escuchándolo. Socarrón, de risa fácil y a veces pendenciero, era un verdadero libro abierto. Julián nunca supo su verdadera edad, cincuentón tal vez, pero deteriorado. Había llegado a ser un eminente filósofo economista, con publicaciones doctrinales de ámbito internacional, seguidor de Adam Smith y en especial del francés Jean Baptiste Say, ahora se estaba acercando a Keynes, con quien, decía, había llegado a coincidir en algún acto; en fin, reconocido por el sector, profesor en la Universidad de Salamanca, pero caído en desgracia, lo cual a Julián le parecía que con ese carácter, poco doblegado, no era de extrañar. Tras la instauración del nuevo régimen, cuando todo parecía que iba a obtener la cátedra de Economía en la Universidad, sus velados enfrentamientos con la postura dominante le habían hecho perder el puesto. «Todos, en la casa, son unos lameculos… En palacio siempre ocurre: has de ser vil y servil —se reía a carcajadas —, si quieres mantenerte en la poltrona». Y lo mismo hablaba de su bisabuelo, el barón contrabandista; gran navarro, añadía: fuerte, tan tenaz como audaz y un lince en el arte de comprar y vender; como hablaba del cociente de la deuda pública en relación a la renta nacional, de la inflación y la deflación y de la máquina de hacer dinero que manejaban las autoridades monetarias y fiscales de los Gobiernos, con tal gracia y saber didáctico que a Julián lo entusiasmaba. «Estos ministros son una mierda, meros teóricos, hace falta gestores. Gestores expertos. Es lo necesario para gestionar». Luego volvía a reírse a grandes carcajadas con toda su corpulencia y echaba un buen trago para continuar: «Y vuestro Gobierno entrará en la guerra. Te lo digo yo, muchacho, Vuestro país necesita la economía de guerra para revertir la actual situación de depresión».

En el fondo Julián se encontraba a gusto hablando de dinero, de la economía. Le gustaba la idea de hacer dinero, aunque solo fuera como aventura y su papel de empresario americano en busca de negocios le iba como anillo al dedo; por eso y por la forma de ser de

Alzueta, era de las pocas personas con las que, en aquellos días, le agradaba estar. Un atardecer en que Julián se hallaba mirando y remirando sobre la barra el álbum de las fotos de la fiesta, el barón se presentó sorpresivamente, por detrás. No era raro que apareciera así, como un niño que pretende dar un susto a sus amigos que lo esperan, forzando para ello la voz a tono con la teatralidad de la ocasión, y que a continuación seguía con una estrepitosa carcajada. Pidió al barman un whisky largo con hielo y luego se quedó pasmado, con una curiosidad manifiesta, atraído por algo, mirando en silencio por encima del hombro de Julián, mientras observaba las fotos.

—Es increíble —dijo.

Julián se volvió con cara interrogativa.

—… Esa mujer…

—¿Esa mujer?

—Juraría… No puede ser otra… La misma cara especial… —El barón pasó las hojas del álbum, quería ver más—. Sí. No puede ser otra.

—Me está intrigando.

—¿Es tu amiga?

—No exactamente. La conocí en la fiesta… ¿Usted la conoce?

—Conocí a su madre. Entonces era la novia de, cómo se llamaba, ¿Orcoyen? Sí, puede ser. Jesús Orcoyen, creo. Fue un verano inolvidable. Éramos un grupo de soñadores… Nos reuníamos en Estella. Una amalgama de idealistas —mientras habla su mente se evade hacia aquellos recuerdos—: carlistas, nacionalistas… y un mosaico de todo tipo de istas, —irrumpe en carcajadas estruendosas, se para, da un buen trago y prosigue—: Entre ellos estaba Irujo, el que luego sería ministro con Largo Caballero y Negrín… Orcoyen, entonces, sus padres, vivían en alguna localidad cercana… Luquin, Barbarin, Arróniz… Lo recuerdo porque alguna vez quedábamos en el cruce de Urbiola, en la parada del autobús, bueno, por aquel entonces de los carruajes de vapor de La Estellesa. Lo recogíamos con la camioneta. Él bajaba hasta allí andando desde su pueblo, con una maleta, con sus pertenencias… Ella era alemana, la recuerdo perfectamente, de tez y cabello claro y unos luminosos ojos azules. Se nos caía la baba a todos cuando venía a esperar a Jesús a la salida… Entonces tendría su misma edad —dijo refiriéndose a la mujer de las fotografías.

—¿Está seguro?

—Si tengo alguna virtud, es que soy un buen fisonomista. Además, esa cara no se olvida. Tienen algunos matices diferentes, pero tiene que ser su hija. De él me acuerdo menos, fueron días intensos, pero apenas duró un mes la instrucción. No los volví a ver. Han pasado casi treinta años.

Luego, como siempre, siguieron hablando de la vida, de recuerdos del barón, de posibles inversiones. Se encontraban los dos sentados

en altos taburetes apoyados sobre la barra del bar y el barón llevaba tomada media botella de whisky acompañado de hielo.

—¿Negocios? ¿Empresas? Sí —decía Alzueta—. En estos momentos, teniendo dinero fresco, dólares además, tenéis un gran catálogo de oportunidades… incluso para haceros con el control efectivo de muchas cotizadas.

—En eso estamos.

—Pasado mañana doy una charla en Bilbao. En el edificio de la Bolsa. Puedes venir. Seguro que haces muchos contactos.

—De acuerdo. Allí estaré.

—¡Joven, harás grandes cosas!, pero no todo es ganar dinero. A buen seguro que también tienes otros encantos y motivaciones. A gusto volvería yo a mis años universitarios. A aquellas mujeres. Pero siempre fui un parrandero. No he servido nunca para convivir con otra persona, así me quedé soltero. Pero qué mejor que vivir solo. En casa no peleo con nadie —vuelta a las carcajadas—… Y bueno, cuando lo necesito, paso por la mancebía de doña Urraca; suele tener buenas hembras. Espero que a ti te vaya mejor en eso —dijo el barón, riendo como acostumbraba, dándole una sonada palmada sobre la rodilla—. Y como pongas tanta atención con ellas como con la economía seguro que triunfas.

Julián no contestó, solo sonrió. En realidad, pensó, en ambos casos le gustaba la aventura de la conquista. Él nunca iría a un prostíbulo pues ir a hacer el acto sexual sin más no le atraía como lo hacía el

conquistar el corazón y la mente de una señora que deseara, y tras ello hacer el amor con ella caída a sus encantos. Si es que lo conseguía, claro. Eso era lo que, en realidad, amaba.

10

El último día, antes de que sucediera lo que tenía que suceder, Jean Pierre le había dejado su vehículo y se había ido hasta Bilbao para asistir a la conferencia del profesor, el barón de Alzueta. Antes había pasado la información que este le había transmitido para que los servicios secretos tiraran del hilo del ovillo. Era un día típico invernal y mientras conducía tranquilo, a pesar de todo, se dijo: «Un bonito día, nuboso y gris», tan oscuro como su futuro en torno a una época que nada tenía de rutilante. La posguerra del hambre y la desesperación de mucha gente, en la que algunos buscaban las oportunidades, que siempre las hay, y en la que la prensa de cada día seguía generando titulares de portada, allende las fronteras, acerca de las bombas de los países que se enfrentaban en la nueva guerra mundial exterminando sin compasión en otra locura del infausto ser humano.

Lo veía claro, «el mundo está lleno de simples y espabilados, y aunque en esa mezcla también incurren los ideales y otros instintos básicos, que pueden hacer variar un resultado, al final siempre unos pocos ganan y muchos pierden… por lo que, en esa lotería, hay que hacer lo posible para tener más y mejores boletos», se decía mientras las verdes colinas se sucedían a ambos costados del vehículo, bajo un insistente sirimiri, y él sujetaba el volante, con las manos enfundadas en unos guantes de piel negra, cubierto por una gabardina beige con los cuellos levantados, y un elegante sombrero fedora oscuro de Borsalino acariciaba el contorno de su frente. No sabía por qué, el caso es que esos momentos, viajando solo, en los que la mente se evadía por el espacio, eran los de mayor lucidez para el pensamiento. «La vida no es sino una mera partida de cartas en la que, a pesar del azar, hay que saber jugarla con la debida destreza», concluyó, cuando al fondo, entre el tictac de los limpiaparabrisas, comenzaba a distinguir los edificios de las casas que se arremolinaban en un conjunto de municipios, unidos a lo largo del río Nervión, cuya comarca acabaría conociéndose como el

Gran Bilbao.

Hizo unas compras por el centro y visitó algunos lugares de interés antes de asistir al edificio de la Bolsa en Abando. En la sala había mucha gente. Desde luego la conferencia había despertado mucho interés. Como era habitual en Alzueta, a pesar de la complejidad de la materia, sabía explicarla con tal sencillez, propio de mentes brillantes, que parecía fácil aunque luego costara recordar y recomponer el entramado del guion. Sonreía Julián, sentado en las primeras filas, al escuchar al rollizo barón, discursando con toda su vehemencia acerca del análisis fundamental del mercado de valores y defendiendo el apalancamiento financiero de las empresas para una mayor rentabilidad del capital, acompañado de una jarra llena de agua que, de cuando en cuando, debía parar de hablar para tomar, entremezclando la seriedad del alegato con sonoras carcajadas. Al final los asistentes levantaron el brazo ansiosos por hacer preguntas y cuando uno, con aspecto de agente de cambio y bolsa, envuelto en un vistoso traje a rayas, le preguntó por la explicación de la fuerte caída de la bolsa que ese mismo día había sufrido, el barón, tras beber un trago del vaso de agua y hacer un aspaviento de lo mal que, al parecer, le sentaba, preguntó, volviéndose a quien presidía la mesa en el estrado: «¿No sería mejor poner whisky?». El público, como los componentes de la mesa, se echó a reír y entonces el barón respondió al ufano agente del vistoso traje de rayas que aún seguía en pie esperando la respuesta:

—¿Motivo? No me pregunte a mí por el motivo. Eso pregúnteselo a los comentaristas económicos, seguro que habrán buscado y rebuscado alguna causa grave para la caída que luego oiremos y leeremos en los medios de comunicación; pero muchacho, la causa grave seguirá ahí mañana y la bolsa probablemente será de otro signo… ¿Sabe? La bolsa es una casa de locos (carcajadas), se vende cuando los demás venden y entonces se derrumba porque cada vez el valor cae con mayor estrépito al precio que sea, y se compra cuando los demás compran y el precio entonces sube y, en ambos casos, conforme se incrementan las transacciones lo hace con mayor ahínco. Esa es la verdad. Si tuviéramos un espejito mágico quizás

podríamos augurar lo que va a ocurrir pero no conozco tal espejito —gruñía—. El dinero es muy cobarde y cuando se oye que alguien grita: ¡Fuego!..., salen todos despavoridos vendiendo al precio que sea, sin tan siquiera verificar las llamaradas…, cada vez con más pérdidas, sin preguntar el motivo… Luego, los comentaristas, le pondrán alguna causa, probablemente sin sentido alguno… Mi abuelo se arruinó con sus negocios y mi abuela que conservaba algún dinerillo lo jugaba, como ella decía, en la bolsa. Empezó mirando al final de cada día los resultados, pero eso no le iba demasiado bien, por ello mandó que le instalaran un teléfono para conectarse con sus agentes a cada hora y después a cada minuto. Primero de día y finalmente de día y de noche. Así se anticipaba a las subidas y a las bajadas de todos los mercados y logró mantener a la familia, hasta que tuvo que ser ingresada en el manicomio de Pamplona. Ya nunca saldría (silencio sepulcral, el eco de sus palabras vibraba rotundo)… Al menos —añadió con satisfacción—, al final de su vida, viendo aquella cara angelical de marcada sonrisa y mirada extraviada, siempre pensé que su alma se había evadido para siempre a su amado mundo perdido en la selva de Irati… Concluyendo: el mercado real empresarial va por un lado y el bursátil por otro…, aunque luego, algunos, se fuercen por unirlos.

Tras la conferencia la gente se arremolinó sobre el orador, Julián esperó un rato para saludar al barón, pero viendo que cada vez lo atosigaban más decidió volverse para su hotel en Vitoria sin poder despedirse de él.

Lo que aún no sabía era que aunque tarde el día le deparaba cierta sorpresa. Y es que nada más entrar, a su paso por la cafetería del hotel, la vio. Estaba tan resplandeciente como en sus mejores sueños. Le miraba con una fértil sonrisa, tan fértil como para producir las sensaciones que deseara. Provocativa e ingenua al mismo tiempo, tierna y cálida, tan sensual que producía también el ardor del guerrero que la contemplaba, despojándolo de su fuerza.

Se acercó, no sabía si lo hacía por sí o por la atracción del imán que aquella mujer irradiaba. Se hallaba sentada en un alto taburete con las piernas cruzadas y un pie sobre el escabel. Vestía un ligero impermeable azul claro cruzado, rodeado con un cinturón simplemente atado, con los cuellos levantados bajo el cabello, ondulado por olas de suave y continuo porte, que como una cascada caía por encima.

—Por fin —dijo él.

—Ya le dije que vendría.

—Ha tardado demasiado.

—A veces merece la pena esperar.

—Tampoco la he visto por la ciudad.

—Una tiene sus compromisos. He tenido que viajar. Y usted… ¿ha encontrado sus pintalabios?

—En eso estoy. Espero las oportunidades.

—¿Y la vida se porta bien con usted?

—Estamos vivos y podemos contarlo. ¿No cree?

—Sí, pero cuando eso se tiene, se quieren otras cosas. ¿No desea algo más?

—Sí. La deseo a usted.

Fue una contundente afirmación espontánea, salida de su corazón más que de la razón. Ella era una mujer de piel suave y candorosa en la que ciertas emociones se descubrían al provocar con genuina ligereza que sus pómulos se sonrosaran.

—Va muy rápido, ¿no cree?

—Tan rápido como la vida misma. ¿Por qué voy a mentir? Al final me arrepentiría.

—En este país no estamos acostumbrados a correr tanto en ciertos aspectos de la moral.

—Algún día, cuando sea demasiado tarde, se arrepentirán por haber reprimido sus instintos… Por cierto, ¿quiere que la invite a cenar?

—No…, pero quedó claro, la última vez, que usted quería saber más de mí y yo de usted…

—Así es.

—Mañana, a primera hora, he de hacer un pequeño encargo en Bilbao. Luego estaré libre todo el día. Me alojaré en el hotel Carlton; así que, si lo considera bien, puede ser un buen momento para conocernos. ¿Qué le parece si quedamos en el Parque de las Tres Naciones, al que algunos llaman Parque de los Patos?

—Me parece excelente.

—Bien, entonces a las once, en el mismo estanque del parque. Allí nos veremos.

Dicho esto, la mujer lo miró a los ojos con una hermosa sonrisa, se levantó y se marchó con un leve «hasta mañana».

11

A la mañana Julián volvió a salir hacia Bilbao con el coche de Jean Pierre que, debido a las nuevas circunstancias, tuvo que ceder, no sin cierto pesar, a prorrogar su préstamo. Por la noche ambos, disimuladamente, junto a Martin y Pablo, habían tratado el asunto, incluso se pusieron en contacto telefónico con Blanchard. Parecía que llegaba el momento crucial y a nadie se le escapaba que podría tratarse de una trampa. Desde luego el propio Julián lo sabía pero estaba decidido a entrar en el túnel y enfrentarse a lo que fuera. Lo tenía decidido. Es más, se opuso a cualquier montaje o seguimiento que pudiera hacer fracasar la operativa. Conocían que el hotel Carlton de Bilbao era sede del Consulado alemán, de gran relevancia por la importante afluencia alemana en el territorio, y las reuniones de su red de espionaje que habitualmente se celebraban en el mismo, pero eso tampoco significaba nada a otros efectos. Desde un principio sabía cuál era su misión y había llegado el momento esperado. Descubrir quién era esa mujer, el papel que había tenido en las misteriosas desapariciones de los personajes que habían pasado por su vida y ver lo que, de todo ello, proporcionaba el destino.

«¿Ella o yo?... Tal vez, pero ahora dejemos correr la página de esta historia y veamos lo que nos depara», concluyó Julián.

El día era similar al anterior, oscuro y húmedo, bajo un persistente sirimiri, incluso la noche se había visto sacudida por una fuerte tormenta como si los truenos y relámpagos quisieran advertir a los más sagaces la llegada de un drama. Y, quizá por ello, Julián no pudo conciliar el sueño.

La visibilidad en la carretera era mala y a ella se unía una liviana

cortinilla formada por el continuo barrido de los limpiaparabrisas en una repetida oscilación monocorde: tictac, tictac, tictac…

Llegó pronto, como le gustaba, a su cita en el parque. Quería antes inspeccionar los alrededores, velados todavía por la ligera neblina. Lo hizo en círculos, cada vez de menor radio en relación al estanque; como las embarcaciones buscan a un náufrago en el mar. Esta vez, aunque no le gustara, llevaba un paraguas, pues aunque la lluvia era muy fina y suave, acababa calando. No había un alma, lo cual facilitaba su labor: una mujer seguía la senda orillada paseando su perro y, poco después, vio a un joven y luego a otro, no tan joven, corriendo y haciendo ejercicios de gimnasia. Los patos, ajenos a cualquier tensión, se acercaron entonces a una anciana que acababa de llegar y les echaba trozos de pan duro. Pronto la rodearon múltiples pajarillos que piaban desconsolados. Una enigmática figura lejana y corpulenta de un hombre con boina, al acecho de un árbol, le puso sobre aviso. Instintivamente, Julián, se llevó la mano a la culata del revólver. Algo le intranquilizó. Quizá fuera esa pausada calma del entorno, pensó; sin embargo, se encontraba a punto de comenzar una nueva aventura enigmática, desconcertante y peligrosa por lo que el gusanillo runruneaba dentro de sus entrañas.

Eran las once cuando se parapetó tras un grueso cedro desde donde podía divisar bien el contorno: la figura del hombre misterioso había desaparecido. A las once y cuarto, sin embargo, entre la inconsistente bruma, surgía la silueta de ella. «Ahí está», se dijo. Iba sola y su agraciada figura, bajo un bonito paraguas y un estilizado sombrero, se aproximaba al estanque. Julián fue hacia la mujer. Ambos se sonrieron. Fueron sonrisas afectuosas, entrañables, que parecían sinceras. Fruto de un deseo satisfecho.

—Lo siento. Me he retrasado un poco —dijo ella.

—No importa. Estaba disfrutando paseando por el parque.

—¿Lo conoce bien?… ¿Y los alrededores? Es una zona nueva…

—No. Ya veo.

—Si le parece podemos dar una vuelta por aquí.

Ella cerró su paraguas y cogió el brazo de Julián quien inclinó su paraguas para protegerla de la llovizna. La miró, estaba más bella que nunca o eso estimó y mientras caminaban, al borde del estanque, sentía que la presencia de esa mujer le hacía cambiar la percepción del paisaje, del entorno, de la vida. Eran bellos momentos, pensaba, pero algo le hacía volver a su instinto vigilante: no podía dejar enajenar sus sentidos ante la embriagadora sensación que ella desprendía; mas no era nada fácil, aunque fuera un hombre advertido de los placeres sensuales femeninos.

Hablaban poco, pero se sentían. Atraídos el uno por el otro sentían el calor del brazo cruzado y hasta el fluir de la sangre que, en ambos, en ese preciso momento, palpitaba con fuerza a través de su interior. A veces se miraban y él entonces pensaba que no podía una persona con un rostro tan bonito, que solo denotaba tranquilidad, sosiego y belleza ser un personaje malvado. Un rostro envuelto en esa aura de sinceridad y firmeza no encajaba con una idea de odio y exterminio. Al menos eso parecía.

Y lo que hablaban era más bien sobre cosas triviales, nada serio.

Comieron en un moderno restaurante de la zona y fue entonces cuando ella le comentó que finalmente no se iba a hospedar esa noche en el hotel Carlton, sino que lo haría en el apartamento que una persona le dejaba en ocasiones, cuando tenía que ir a Bilbao. Esa espontánea y nueva afirmación variando el plan, aun dicha de forma tan ingenua como natural, le desconcertó a Julián y recordó lo que había comentado con sus compañeros operativos; sin embargo, tuvo que fingir cualquier afectación que le hiciera mostrar impresión alguna en su rostro.

—Es más, me ha dejado la despensa llena, según me ha dicho —dijo ella.

—Por lo que veo tiene muy buenos amigos.

—Es una amiga. La verdad es que era amiga de mi madre y siempre ha sido para mí alguien muy especial. Cuando faltaba mi madre ella se hacía cargo de mí.

—¿Y su padre?

—Lo mataron muy joven… En los prolegómenos de la guerra civil.

—Ya.

—¿Viven sus padres? —preguntó Carmen cautelosamente protegida por la copa de vino.

—No. Pasó algo parecido. Precisamente pensaba en ello al recordármelo. Bueno, mejor cambiar de tema…

—Sí.

—Por cierto yo ya le conté a qué me dedicaba, pero usted, ¿a qué se dedica? —preguntó Julián, en ese continuo cambio de cuestiones en el que cada cual quería imponer el camino.

—La verdad no me aburro —dijo ella, tras pensárselo un poco—. Administro el pequeño patrimonio que me dejó mi padre, colaboro con diversos medios escritos en la elaboración de artículos, lo cual me hace viajar. Doy charlas, de vez en cuando, organizadas para mujeres a través de la Organización Sindical… Recientemente lo hice en Vitoria para las naiperas de Fournier. Por eso, precisamente, estuve invitada en el homenaje del Frontón.

—Oh… ¿Y sobre qué escribe?, si puede saberse…

—Viajes. En especial sobre viajes, aunque en el fondo se trata de escribir sobre sueños para los esperados mejores tiempos futuros.

—Sí. Desde luego no parece este momento adecuado para que muchas personas puedan disfrutar de viajes placenteros.

—No, pero en estos tiempos, precisamente, es cuando más se

necesita soñar.

—¿Y sobre eso habla también en sus charlas?

—Sí. Esencialmente.

Devino un momento sin palabras, callados ambos, como pensando sobre lo último que se ha dicho, de esos que existen en medio de una conversación y que suenan estridentes por ser demasiado profundos y silenciosos. Ella lo cortó:

—En realidad se asemeja a sus pintalabios, ¿no cree?... Los efectos, me refiero.

—Ah, sí, puede ser. Por cierto le he traído un pequeño detalle.

La mujer tomó el paquetito finamente envuelto y lo abrió acompañada de esa sonrisa que Julián, emulando a Da Vinci, la dejaría grabada para siempre en el óleo de su mente. Bajo el papel de regalo apareció una bonita cajita que contenía un completo kit de maquillaje.

—¡Oh!... Gracias —susurró ella al tiempo que levantaba la vista y se encontraba con la mirada queda de Julián. Fueron solo unos segundos mirándose directamente a los ojos, en silencio, pero tan intensos que ambos sintieron el transferir de sus almas poseyéndose las entrañas.

—Lo prometido, ya se lo dije una vez, para mí es deuda.

Había dejado de lloviznar, pasearon por la ciudad y subieron en el funicular del monte Archanda al viejo casino. Algunos claros resplandecían en ese momento entre grandes cúmulos negros borrascosos que presagiaban tormenta. En alguna ocasión, a Julián, en medio de la placidez del paseo, con Carmen agarrada tiernamente a su brazo, le pareció que los seguían, pero tampoco tenía certeza absoluta de ello. Podría ser fruto de su instintiva desconfianza nata, pensó. Y fue, transcurridas las horas vespertinas, cuando ella dijo que se acababa la tarde, lo que podría significar el final de su encuentro.

—No tengo nada que hacer. Hoy me lo había reservado para estar con usted, así que si no le parece mal me encantaría poder acompañarla hasta su apartamento.

Ella no pareció extrañada. Al contrario, con una elocuente y hermosa sonrisa mostró su satisfacción por la propuesta.

Fueron caminando, tranquilos, como lo harían dos enamorados andando sobre nubes disipadas al margen de la existencia. Cuando nada más importa que la sensación de ese momento mágico por el que parece haya valido la pena haber vivido hasta ahí.

—Bueno. Hemos llegado —dijo ella, con más pena que gloria—. Es aquí.

—Se me ha hecho demasiado corto el día… y la verdad es que me gustaría conocerla más.

—¿Quiere subir? Podemos cenar juntos. Creo que hay suficiente de todo, aunque la cocina no es lo mío.

—A mí no se me da mal. Si quiere lo intento.

En la acera, junto a la fachada del edificio, entre una muchedumbre, el característico sonido de una armónica se elevaba entre compases de blues. Se acercaron. Un hombre alto y delgado, de largos cabellos blancos que le caían bajo un sombrero, cubierto por un gran abrigo de color azabache que le llegaba hasta los pies y unas gafas de cristales redondos totalmente negros, con esa mirada perdida propia de los ciegos, tocaba el instrumento que sonaba acompañado de otras dos personas, uno a la guitarra y el otro poniendo el ritmo con una tabla de lavar colgada del cuello que tañía con cucharas, escobillas o con el arte de sus propias manos. Julián, atraído por ese sonido distinto, se quedó observando fijamente el rostro de aquel extraño hombre de ojos que no parecían ver, el cual, sumido en un profundo túnel de oscuridad, vivía abstraído en el interior de su música y se contorneaba con todo su ser, en una absoluta fusión, al tiempo que soplaba y aspiraba el instrumento con gran perfección, produciendo vibraciones de intensos sones que a veces resultaban acogedores, mas otras temibles como quejidos desgarradores, pero en todo caso las notas siempre llenaban el aire.

Al término de una pieza Julián cogió la mano de la mujer para salir de entre la gente y al ver junto al portal una tienda de ultramarinos que permanecía abierta dijo: «¡Espere!», y dejando a Carmen sola por un momento se adentró en el comercio. Poco después salía con una botella envuelta en papel de estraza. «Por si acaso faltara —

dijo—. Una botella de champán no viene mal con casi ninguna comida».

12

La garita de la portería, a esa hora, se hallaba cerrada. El piso era un segundo. Acogedor. Un gran mirador saliente, al fondo del salón, daba a la calle. Al tratarse de una amplia y despejada avenida permitía una buena vista y, su orientación al este, la entrada de los rayos matinales. Una elegante biblioteca y sobre todo bien dispuesta, con muchos volúmenes, presidía el espacio. En una balda una pequeña pirámide de cristal contenía por sus tres caras un collage con fotografías de una niña que Julián comprendió que era ella. Cogió la figura y la observó detenidamente, los fondos de las fotografías le recordaban lugares de Estella, en los que, precisamente, había estado recientemente. En su base había una inscripción: «Mit unseren besten Wünschen. O&F». Cerca del ventanal una mesa espaciosa lucida con un mantel bordado y un par de candelabros de plata parecía querer contar las muchas celebraciones que habían existido, quizá en mejores tiempos, a su torno. Frente a la biblioteca la fotografía en sepia enmarcada en un imponente marco tallado con pan de oro de una pareja. Una dama, en una pose distinguida, con un destacado vestido largo blanco se hallaba sentada y tras ella un caballero condecorado con una gran cruz, de grandes patillas canas que se unían al bigote, en pie, por el que pendía sobre el pecho una banda cayendo en diagonal, desde el hombro derecho hasta el costado izquierdo, de alguna orden militar que Julián, en un simple vistazo, no pudo reconocer. A su lado un reloj de péndulo marcaba la hora y su continuo tictac rompía el silencio. En ese momento sus agujas marcaban las ocho menos diez.

Carmen, tras meter la botella en la nevera, se quitó la chaqueta, fue directamente al mirador, descorrió completamente las cortinas y abrió las ventanas de par en par. Desde la calle subían los sones del estrambótico ciego de la armónica. Se quedó un rato, apoyada sobre el alféizar, contemplando la avenida iluminada por las farolas al son de la música. Julián no pudo por más que observar la fina figura estilizada de la joven que el lindo vestido cubría, mansamente,

haciendo lucir sutilmente sus formas. Se acercó tras ella. Podía percibir el aroma natural que salía de sus poros. El vestido azul caía graciosamente sobre sus bonitos hombros. Se acercó aún más: el cuello esbelto y delicado lo tenía a tan solo unos pocos centímetros. Tan cerca que ella podría sentir el calor que irradiaban sus labios. El aire frío del anochecer erizaba el tenue vello, casi inapreciable, de los brazos de la mujer. El sonido de la armónica se imponía distante, engreído, fuerte y potente sobre los suaves arpegios de la guitarra. Fue entonces cuando Julián sintió que ella cogía su mano izquierda y la llevaba sobre su abdomen, ciñéndose entre su brazo. Sin volverse. Sin mirarse ambos se arrimaron, intensamente, pegándose el uno al otro, durante un rato, tan largo como el tiempo de la canción que provenía del ciego. Y Julián sintió al abrazarla por la cintura desde atrás que ella se estremecía, cerraba sus ojos y se evadía en la placidez del momento y miró al cielo apagado que encendía las estrellas y la luna brillaba como nunca antes la hubiera visto así. Al término ella se volvió y se besaron, apoyados sobre el mirador. Él comenzó a desnudarla. Ella le contuvo con una dulce sonrisa poniéndole un dedo sobre los labios, como exigiendo el silencio del secreto. Cerró la ventana, corrió la cortina y lo cogió de la mano conduciéndolo hasta el dormitorio.

Se amaron como si fuera el último día, la última vez, como si fueran a despedirse para siempre de la vida, con ardor y voluptuosidad. Sin palabras, solo sensaciones. Unas veces a instancias de los deseos de él, otras de ella. Sin temores ni tapujos. Sin que nada ni nadie les importara.

Por la puerta abierta del dormitorio llegaba el tic-tac del reloj de péndulo del salón, como si quisiera recordarles el tiempo que les quedaba y les dijera en su idioma tictac: «La vida no se para, solo la de sus temporales moradores». Se hallaban exhaustos, vacíos flotando sobre la nada y sus cuerpos desnudos cubiertos por una fina sábana se transmitían el calor. No habían cenado pero era lo que menos les importaba. Permanecían callados, mirando a ninguna parte, inundados por un mar de satisfacciones, pero por sus mentes, poco a poco, comenzaban a aparecer imágenes; regresaban a la

realidad y comenzaban a pensar.

—No sabemos nada el uno del otro —dijo, por fin, Julián.

—¿Acaso eso importa?

—¿Quién eres? ¿Cómo te llamas? ¿Carmen… Elena, quizás?

Ella no dijo nada. Mantenía su cara apoyada en el pecho de Julián, sintiendo su respiración. Él, en posición supina, mantenía su propia cabeza sobre su brazo izquierdo doblado y con la mano del otro acariciaba el hombro de la mujer.

—¿Y ahora qué me espera?

Ella había abierto los ojos con intensidad, aún sentía el sabor del sudor de Julián bajo sus labios.

—¿Lo mismo que al librero de Pamplona, o al subsecretario de Asuntos Exteriores…, o al asesor del ministro del Ejército?

Ella se incorporó sin mirar a Julián como si le hubiese caído por encima un manantial de agua helada, se volvió y se quedó sentada, desnuda, al borde de la cama. Seguía sin articular palabra. Julián seguía tendido, mirando al techo, apoyando la cabeza sobre su brazo izquierdo.

—¿Por qué quieres romper tan pronto esta velada hermosa? —dijo ella.

—Quiero que seamos francos.

—¿Y tú, franco y dulce americano, en verdad eres quién dices ser?

…/…

—¿En verdad eres Michael Morrison?

—¡Pues claro!

—¿O quizá seas Julián Echániz?

Julián se incorporó quedando de un golpe sentado sobre la cama.

—Un seductor agente que va dejando huella a las mujeres con quienes se topa.

—¿Cómo puedes decir eso?

—¿Ocurrió eso a Marie Etchepare?

—¿Quién diablos eres?

Julián se había puesto de un salto en pie y procedía a vestirse precipitadamente.

—¿Quiénes diablos somos, querrás decir? —preguntó ella, al tiempo que se cubría con una fina bata de seda.

—Trabajas para la Gestapo seduciendo a personas de cierto perfil que luego han desaparecido. La bella Carmen o Elena o quien seas, de aspecto dulce y cándida. ¿Cómo puedes ser capaz?

—¡Quién fue a hablar! ¿Y qué eres tú, sino un asesino a sueldo de los británicos?

Conforme subía el tono tornaban los modales y los serenos rostros se iban transformando, cada vez más enfurecidos.

Por un momento el silencio se apoderó de la estancia embargando los sentidos. Solo se oía el reloj del salón. Tic-tac. Tic-tac. Iban a dar las doce de la noche. Ella se levantó y fue a la cocina, lavó un racimo de uvas negras y se dispuso a comérselas frente al fregadero. Sin volverse sintió la presencia de Julián que la observaba desde el umbral de la puerta; luego sacó la botella de champán de la nevera, la abrió y llenó dos copas. Se dio la vuelta, quedándose apoyada sobre la fría barra metálica del fogón, con las copas en sus manos.

Una la extendió para Julián. Él continuaba mirándola sin inmutarse. Estaba realmente muy bella… y sexi con ese semblante indómito, pensó. El cabello castaño ondulado, ahora despeinado, le caía a ambos lados de la cara, con la bata que apenas la cubría, descalza; sí, tan complaciente en ese aspecto salvaje que sintió nuevamente el deseo irrefrenable de volver a poseerla. Ella lo miraba como una gata en celo pero él sabía que se trataba de una tigresa. Las sonrisas perdidas se habían transformado en unos rostros endurecidos y enojados. Ambos se miraban serios, expectantes, recelosos. Solo se oía el tictac que anunciaba cada segundo que transcurría en esos silencios perturbadores. Tic-tac. Tic-tac.

Ella, sin dejar de mirarlo fijamente, se llevó despacio la copa a sus labios, lenta e insinuante. Él se abalanzó sobre ella, cogió la copa que le ofrecía y la depositó sobre la encimera, luego cogió la que estaba bebiendo la mujer desparramando el líquido dulce y espumoso sobre su pecho desnudo y abriendo el batín de la mujer lamió hambriento sus senos. Ella se abrazó a su fuerte cuello dejándose llevar a la deriva en un mar tempestuoso de sensaciones cuando sobre la misma encimera él la penetró al tiempo que ella se acariciaba y ambos se hundían en el clímax de la tormenta. Aún respiraban con agitación, él caído sobre ella apoyada a la pared, momentos después, cuando todavía unidos sus cuerpos, Julián preguntó:

—¿Por qué?

Y como pensó que la pregunta podría resultar muy inconcreta, matizó:

—¿Por qué te dedicas a hacer lo que haces?

Ella inspiró con gravedad, luego dijo:

—¿Qué mueve a las personas? Los ideales que forma el ambiente en el que se ha criado, la venganza, el deseo de un mundo mejor… Supongo que a ti te ocurrirá igual.

Julián no dijo nada. Se incorporó y fue directamente al baño. Fue entonces, mientras se hallaba orinando, cuando percibió unos ruidos extraños, como unos pasos que abrían y cerraban la puerta de la entrada al piso. Al salir ya era demasiado tarde. Dos hombres de aspecto rudo y huraño lo apuntaban con sendos revólveres. No tardó en reconocerlos. Eran los mismos que se encontraban en la fiesta del hotel Frontón de Vitoria con ella. Uno le hizo un gesto con la cabeza y dijo con voz grave:

—Termine de vestirse y venga con nosotros. ¡Rápido!

Julián miró a la mujer, era la primera vez que la veía fumando, se encontraba al fondo del salón, apoyada sobre la pared, sujetaba un bolso y se hallaba vestida con las mismas prendas de la tarde anterior contemplando la escena. El reloj marcaba la una y veinte de la madrugada y seguía impetuoso anunciando cada segundo, tic-tac, tic-tac, como si nada fuera o cambiara. Sin embargo él recordó la filosofía de Heráclito que decía: «Nada es, todo cambia».

Su querida pistola se la habían quitado. Era lo primero que había notado al coger su americana del respaldo de la silla donde la había dejado. El silencio sepulcral en las escaleras del edificio era roto por las pisadas que crujían sobre la madera. El de la boina, sin cuello y con cara de gorila, le había advertido secamente: «Un solo movimiento extraño y es hombre muerto». Julián iba tras el hombre siempre callado del sombrero y abrigo de paño gris oscuro, que

mascaba chicle con un insistente movimiento de mandíbula, de cuya mano derecha sobresalía un revólver enfilando al suelo; y delante del de la boina que le apuntaba a él. Detrás de todos bajaba ella. La noche era muy fría. No llovía. En la calle un coche negro los esperaba con un chófer a bordo sacando el codo por la ventanilla abierta por completo de la que salía el humo del puro que fumaba. A su lado mantenía una automática. A Julián le hicieron sentarse en el medio de la parte posterior del vehículo, entre la mujer y el hombre de la boina. El otro, el de la goma de mascar, fue el último en entrar tras vigilar todos los movimientos, finalmente se colocó en el asiento delantero y el coche se puso en movimiento. Las calles de Bilbao se encontraban totalmente vacías y el silencio resultaba perturbador.

Julián se esperaba lo peor. A pesar de todo se mostró jocoso:

—Un bonito paseo en una noche apacible con gente encantadora.

Nadie decía nada, solo se oía la voz queda de Julián entre el ruido del motor que rompía el silencio de la noche. Las caras de los integrantes del vehículo eran de muy pocos amigos. Los dos fornidos hombres lo apuntaban con sus armas. Julián ladeó un poco la cabeza hacia donde se encontraba ella, quien apartó rápidamente la mirada llevándola al exterior. Poco después el coche se detenía frente al hotel Carlton. La mujer abrió la puerta de su lado y se dispuso a apearse.

—¡Ah! ¿Nos dejas? —dijo Julián con una sonrisa—. En cualquier caso, he de decir que ha sido una velada sumamente agradable, Carmen. Espero que sientas lo mismo.

Al cerrar la puerta desde afuera ella contuvo unos segundos la

mirada a Julián, como si quisiera decirle algo. Ya no la volvería a ver más.

Pasó un rato intentando traducir el lenguaje de aquella mirada sin encontrar la solución. Finalmente lo dejó, probablemente fueran imaginaciones suyas, se dijo. Aunque ya antes le había parecido fue entonces cuando, a través del espejo retrovisor del interior, le pareció ver, a mucha distancia, que un vehículo los seguía.

El coche prosiguió su marcha hasta llegar al Parque de las Tres Naciones.

—¡Bájese! —dijo el hombre que se sentaba al otro lado del conductor volviéndose hacia Julián.

—¡Ummm! Bonito sitió para terminar el día con un pícnic junto al estanque de los patos —dijo Julián—. Los guapos también mueren. ¿No lo dice una canción?

El de la boina sacó del portamaletas una soga adujada y un taburete. La soga se la llevó al hombro reteniéndola con la mano izquierda con la que también llevaba el taburete mientras con la otra sujetaba el arma. Ambos lo apuntaban continuamente bajo miradas tan gélidas como las de aquella noche. El del sombrero sin dejar de mascar el chicle y de apuntarle fijamente, encendió una linterna.

El chófer se quedó en el coche, con su automática, mientras los otros secuaces conminaron con sus armas a Julián para que prosiguiera andando. Se adentraron en una zona arbolada, donde a

esa hora los gritos o las balas solo espantarían las aves u otros seres vivientes que a buen seguro se hallaban por allí, pero no llegarían a las distantes moradas en las que la gente dormía. Una zona llena de cedros y coníferas mezclados con otros árboles de gran porte tanto de hoja perene como caduca en la que apenas se podían apreciar los perfiles de los mismos. Más por la claridad de la luna en la noche estrellada que por la luz que llegaba de alguna farola lejana. Conforme avanzaban, sus pasos se posaban iluminados por el haz de la linterna en el camino terrero y pedregoso. Fue entonces cuando Julián se apercibió que su pistola se hallaba en el bolsillo izquierdo de su americana. Sin duda, comprendió con una leve sonrisa, que Carmen o Elena, o como se llamara, se la había dejado con mucho tiento en el viaje del coche. «¿Estará cargada?», se preguntó. Podría ser la última esperanza de seguir con vida, pero cualquier movimiento podría suponer una bala en su cabeza, con total seguridad.

—Ahí es —dijo el tipo macizo del sombrero, mostrando un árbol marcado de porte medio con una rama fuerte extendida en horizontal.

Era una noche acallada de invierno y en medio del bosquecillo del parque el silencio era tan profundo que podía oírse la respiración de los allí presentes.

El de la boina se apresuró a lanzar la soga a través del brazo henchido del árbol a la que ajustó con un rápido nudo marinero. Del chicote pendía un lazo corredero propio para que entrara una cabeza.

Y fue entonces, cuando un ruido proveniente de unos cincuenta metros entre los árboles enloqueció a los verdugos preparados para culminar su labor, cuando Julián tomó su pistola disparando con

frenesí a sus dos captores, al tiempo que se lanzaba al suelo. Oír los disparos, soplar con alivio, sentir un dolor agudo en el brazo izquierdo y un fuerte golpe en la cabeza, fue todo en un mismo instante. Él se levantó pero los cuerpos de los otros dos hombres ya no podrían hacerlo jamás. Luego se introdujo entre los árboles asistido por la linterna y allí lo vio. Se hallaba de pie, recostado sobre un roble, con una pierna doblada apoyando la suela de la bota en el tronco del árbol. Apenas podía percibirse la sombra perfilada de una figura alta y desgarbada que se llevaba las manos a la boca. Estaba a punto de dispararle cuando escuchó el sonido desgarrador de la armónica. Era como un aullido en medio del bosque. Bajó el arma y se encaminó corriendo hacia el coche. La nota de la armónica siguió vibrando aún en el espacio hasta sucumbir en el silencio de la noche. El conductor había salido del vehículo y sujetaba su arma con la mano adelantada. Se encontraba en peores condiciones, vendido en el descampado clareado por un farol. «Habrá sin duda oído los disparos», se dijo Julián. Agazapado tras un árbol esperó a que avanzara, pero no se separaba del automóvil. Lanzó una piedra para que el hombre se moviera. Luego lo llamó, salió y cuando aquel fue a disparar Julián, de un certero tiro, acabó con él. Fue entonces cuando se percató que de su brazo izquierdo manaba la sangre. Después cogió el coche y se marchó.

13

Los días siguientes Julián Echániz los pasó en un piso franco de los miembros del extinto Deuxieme Bureau adscritos entonces a la red británica en la capital donostiarra. Le habían extraído una bala del brazo izquierdo por lo que había estado convaleciente por ello y por un fuerte traumatismo craneal. Los días de confinamiento que cada vez que terminaba alguna acción debía cumplir lo hastiaban, pero no tenía otra. Lugares cerrados al exterior a cal y canto, sin saber tan siquiera si llovía o hacía sol, si era de día o de noche. Esta vez, además, en un recinto medicalizado de campaña, en el que a causa de las lesiones había debido alargar su habitual aislamiento. Y aunque tenía algunos elementos para hacer ejercicios deportivos, disponía de radio y le proveían de la prensa diaria, al encierro se llevaba los extraordinarios recuerdos y sucesos vividos y eso a veces le resultaba insoportable.

Por fin un día apareció radiante Blanchard. Cuando lo hacía era para darle alguna buena nueva, como la esperada salida o que lo asignaban a una nueva misión, pero siempre al ansiado aire libre.

—Nos han felicitado de arriba —dijo Blanchard—. Pero sobre todo a ti. Eres el principal sujeto de las felicitaciones. ¡Anda!, prepárate, te vas. Dentro de una hora Martinet pasará a recogerte.

Julián poco tenía que recoger. Solo disponía allí de un traje que le habían llevado estando encerrado y el resto, unas cuantas cosas de aseo y ropa interior cabían en una pequeña maleta. Llevaba una barba de un par de días pero eran tantas las ganas de salir del escondrijo que no quería perder tiempo. Se hallaba tumbado sobre la cama con una camiseta de tirantes cuando recibió a Blanchard y tras oír sus palabras se levantó de un salto suspirando y preguntó.

—Pero… ¿Qué ha sido de ella? ¿Se sabe algo?

—Sí.

Blanchard se dio la vuelta toqueteando unas manzanas del frutero que había sobre la mesa de la cocina. Vestía una larga gabardina beis y sombrero. Y antes de que Julián mostrara su impaciencia, se pasó la mano por el bigote cano y añadió:

—Apareció muerta con un tiro en la cabeza.

—¿Seguro?

—El MI6 lo ha podido confirmar.

—¿Y cómo fue?

—Eso no está claro. La nota oficial habla de un suicido por despecho, pero el MI6 cree que fue ejecutada por la Gestapo. Se llamaba María Puy Orcoyen Fischer. Natural de Estella, de madre alemana. Al parecer pertenecía a la red que el coronel Schoen, jefe de la División III de contrainteligencia de la policía secreta Abwehr, había tejido desde Biarritz, aunque llevaba tiempo asignada a un grupo de la Gestapo adscrito directamente a Paul Winzer dirigido desde Madrid con labores para Álava y Navarra. También parece que, al contrario de Marie Etchepare, no dependía de la red de

Bilbao del capitán Helmut Lang, Martincho.

Julián cayó sentado al borde de la cama y dijo, susurrando, casi para sí.

—Una dulce espía navarra… Me salvó la vida…

—Bien. Estate preparado en una hora.

Cuando Blanchard abría la puerta de la vivienda para salir escuchó de nuevo a Julián:

—Por cierto, quedaba un hilo sin resolver.

—¿Cuál? —preguntó Blanchard, volviéndose, con su aspereza habitual.

—El hombre de la armónica del parque…, el testigo que presenció la escena.

—¡Ah!... Los ciegos no ven —dijo Blanchard antes de cerrar la puerta.

Julián se quedó solo, sentado al borde de la cama, extrañado y pensativo, moviendo la cabeza. Nunca había dicho a nadie que se

tratara de un ciego.

(Dicen algunos que nada más terminar un relato, y antes de comenzar con el siguiente, es preferible cerrar el libro y dejar un momento para revivir en la imaginación lo que se acaba de leer, lo que permite disipar tranquilamente sus efluvios, hasta que los hados se hayan desvanecido en el interior. ¿Será así?)

EL GRAN DEBATE ELECTORAL

José Luis VÉLAZ

EL GRAN DEBATE ELECTORAL

(Cuento satírico)**

** En la Grecia antigua, tras una trilogía trágica, para alivio y diversión del público, se representaba una obra, con personajes de la leyenda heroica y un coro de sátiros, que se denominaba drama satírico.

1

El presidente, como se esperaba, acababa de anunciar una nueva convocatoria electoral. La quinta en los últimos cinco años. La precedente, tan solo siete meses antes, había fracasado en su intento por formar un nuevo Gobierno. Era tal la disparidad de votos que daba por resultado una mezcolanza de partidos incapaces de lograr la mínima mayoría, nunca mejor dicho, necesaria para gobernar. La última legislatura apenas había durado un año: eran tantas las opciones minoritarias las que mantenían al Gobierno, que desde el mismo momento de nacer lo había hecho con una etiqueta de provisionalidad. Pero es que ya, en las anteriores de la anterior, entre pitos y flautas, había ocurrido más de lo mismo.

Los ciudadanos cansados, claro está, habían saturado el nivel de hartazgo razonable por lo que los partidos llegaron a temer una abstención tal que incluso por no llegar al caso de ver urnas totalmente vacías llegaron a proponer reducir el número de mesas aunque eso significara un desplazamiento mayor para quien quisiera votar.

Por todo ello, los candidatos de los distintos partidos se lanzaron a por la conquista de la papeleta de manera, si cabe, aún más iracunda y vehemente. Era tal el ansia y el anhelo por lograr cada voto que los dirigentes políticos, alentados por el asesoramiento de sus cabezas pensantes, instaron a los suyos a buscarlos y conseguirlos aunque fuera lo último que hicieran y aunque hubiera de hacerse en el sitio más recóndito imaginable.

Y así llegaron a Citoya, hasta poco antes un lugar de chichinabo, tan desconocido como olvidado, pero que inesperadamente, tras una sucesión de rumores propagados por el viento en todas las

direcciones, referidos a un monumental descubrimiento de grandes vetas de una piedra filosofal exquisita, había hecho aumentar de manera exponencial su población. Más tarde, cuando el fenómeno de la inmigración se hubo convertido en imparable y el rumor se hubiera disipado como el humo de la nada, se supo que todo había sido producto de las malas lenguas. Pero ya era demasiado tarde.

A los nativos, que perplejos contemplaban cómo el pueblo se hacía grande y conocido, se habían unido arribistas, farsantes y embaucadores, más también personas de bien; trabajadoras, honestas e incluso emprendedoras. En ese lapso de tiempo, se habían levantado edificios que alojaban grandes bancos, centros comerciales y empresas de negocios dispares, que a su vez ofertaban el empleo que atraía a nuevos colonos. Asimismo se establecieron cines, teatros y llegaron circos y todo tipo de espectáculos desde lejanos países y, fruto de todo ello, con una sensata gestión impositiva, se llegaron a abrir eficientes dispensarios, museos y bibliotecas y a crear verdes parques de cándido recreo rodeados de grandes árboles traídos vivos, con sumo mimo, de los lugares más increíbles de la ensoñación colectiva, en medio de los cuales destacaban enormes balsas artificiales en cuyas aguas cristalinas se veían infinitos peces de colores y se ofrecían paseos en barca y donde las parejas alquilaban botes a remo en los que a la luz del crepúsculo y bajo el sonido de los fuegos de artificio, entre sonrisas cautivadoras, se pedían la mano.

Sin embargo, a pesar del disparatado crecimiento, los habitantes de Citoya aceptaron desde un primer momento mantener su esencia particular configurada a través de costumbres tan fuertemente arraigadas que constituían la fuente de su derecho consuetudinario. Y si tantos años de soledad y abandono habían forjado en sus gentes ese carácter especial y contumaz que se fragua en los sobrevivientes, así como la fama de brutos y montaraces mas también de poseer un colosal orgullo de pertenencia a su patria chica, fue indubitada la intención de los advenidos por preservar la tradición como si de una constitución no escrita se tratara.

Así pues, se decidió mantener, por ejemplo, un turno rotatorio para que la alcaldía y los cargos de su equipo de gobierno, fueran ejercidos por períodos anuales entre todos los habitantes mayores de edad. Y, como en el reciente pasado ocurría, se decidió igualmente seguir celebrando los plenos municipales abiertos a toda la ciudadanía en el mismo lugar de siempre; en la llamada Casa de la Lupe. Una especie de bar restaurante, cabaré, salón de juego y prostíbulo voluntario, donde los primitivos vecinos se reunían y pasaban las horas al calor de las brasas en invierno y al fresco de la piedra de sus muros en verano.

Siempre había sido así y la decisión popular unánime fue clara, nítida y contundente: «¡Las tradiciones del pueblo no se cambian!», gritaban. Y si, por lo tanto, desde las épocas más remotas que se recordaba, en aquellas en las que no llegaban las líneas de teléfono ni las botellas de butano y el autobús, que desde los lejanos tiempos en que había sustituido a los carruajes tirados por caballos, como gran cosa solo lo hacía una vez al mes; si desde entonces, como decimos, allí se habían reunido los vecinos que los viejos del lugar aún recordaban con reconocimiento y regocijo por los intensos debates que se producían donde brillaba el arte de la elocuencia, como aquellos discursos sublimes que mantenían grabados en el recuerdo: los inolvidables del boticario o la lúcida oratoria del pastor cuando este bajaba del monte con el capacho lleno de pensamientos y podía estar presente, o la del cura o el zapatero remendón, desde la de la María al de Pedro Coronel, el tendero, a las ideas innovadoras de Javi el Rápido, como era conocido el atleta del pueblo, cuando regresó muy moderno tras su periplo deportivo por esos mundos de Dios con una mochila cargada de sueños y unas cuantas medallas, o a las emblemáticas y agudas disertaciones del poeta exiliado. Ahora, por tanto, todo seguiría igual. Las tradiciones del pueblo se mantendrían por encima de cualquier cosa. Para eso eran del pueblo.

Y es que ahora sí, con la vorágine del cambio de Citoya, de lo que

había sido a lo que era, «¡Dios bendito!», —exclamaba santiguándose la Enriqueta cada vez que salía el tema—; en plena efervescencia del auge tecnológico y del encuentro con la era de las ocasiones y el pleno empleo en la nueva ciudad, en la que se alardeaba de encender las chimeneas de los salones con billetes de veinte euros y en la que en lugar de extintores para apagar los incendios, que provocaba lo anterior, se usaba champán con una técnica cada vez más depurada en medio de apuestas desaforadas, agitando la botella y poniendo un dedo en su embocadura, de modo que salía con tanta presión que no solo apagaba quemazones sino que descargaba grandes dosis de adrenalina; no faltaron, sin embargo, quienes pedían cambiarlo todo, que aunque alegaban al orgullo de la envidiable nueva ciudad no podían ocultar la vergüenza del pasado. Así llegaron a pedir cambiar incluso el nombre de la villa. Hubo todo tipo de fundadas propuestas en ese sentido por los partidarios del cambio, desde innovaciones completas más o menos desafortunadas, pero bastante horteras: Flor de la Vida, Elixir de la Esperanza, Cruces Mágicas a los que querían algo nuevo sin olvidar del todo lo viejo como quien propuso rebautizarlo como New Cituayan, porque decía que sonaba mejor, o el del psicodélico al que se le ocurrió sugerir Ayotic, cambiando el orden de las letras. O los que pretendían simplemente adecuarlo a nuevas y arbitrarias ocurrencias gramaticales, como Zitoia o Citoyá, incluso hubo quien propuso dejarlo tal cual pero con el añadido glamuroso de un adjetivo: Citoya la Bella.

Sin embargo, el acalorado debate del cambio de las costumbres básicas incluido el del nombre propuesto por sus partidarios no prosperó. Los defensores del mantenimiento de la identidad y las costumbres primigenias, adujeron la palpable demostración histórica de que los cambios, fueran estos revolucionarios o contrarrevolucionarios, o realizados simplemente porque sí, a menudo revestidos de falsaria modernidad; son de vida limitada, pues a la postre acaban volviendo a su estado original. «¿Acaso los norteamericanos cambiaron el nombre de Los Angeles, aunque les cueste pronunciarlo, por el de The Angels?», —preguntó uno, que seguidamente se contestó a sí mismo—: «Pues no. Como tampoco el de otros muchos lugares de su territorio». Así fue cómo, por una

mayoría aplastante, casi rozando la unanimidad, decidieron que había que mantener los nombres y las costumbres básicas, gustaran o no, como siempre habían sido desde el mismísimo hontanar de la fundación de la villa de Citoya.

La Casa de la Lupe, claro está, se había tenido que reformar y ampliar como merecía el nuevo estatus. Ahora, además, contaba con grandes pistas de baile, podían actuar grupos musicales o de teatro y se organizaban todo tipo de concursos desde los más normalitos a los más descabellados. Así, podían verse desde campeonatos de tortilla a carreras de sacos, desde karaoke a las competiciones de carretilla por parejas en las que los hombres avanzaban apoyados sobre sus manos, sin que pudieran tocar con ninguna otra parte de su cuerpo el suelo y las mujeres los conducían sujetándolos por los pies; o desde los concursos de chistes a los de estriptis en los que las personas concursantes danzaban con lujuria al amparo de las barras verticales… y así hasta las más extravagantes ideas, producto de la imaginación popular, una vez, eso sí, eran aprobadas por el comité para las actividades festivas de la Casa de la Lupe.

Enterados de que Citoya se había convertido, sin quererlo, en un feudo decisivo para la obtención de los votos que podían hacer inclinar la balanza de los grupos políticos, estos enviaron a sus candidatos a la pesca de los mismos, capaces de hacer y prometer cualquier cosa con tal de lograr sus objetivos. Sin embargo, a pesar del tufillo renqueante de las encuestas y los estudios adornados en la cenefa de informes oficiales sobrevalorados y sobre todo excesivamente pagados con dinero público, no estaba nada claro cómo iba a resultar el comportamiento de sus ciudadanos. A su vez, estos, tampoco estaban dispuestos a dejarse engañar, una vez más, por lo que las gentes envueltas en esa aura mágica —subidón, lo llaman algunos—, que procuran los congresos, en particular los espontáneos celebrados en Casa de la Lupe, desarrollaron su creatividad bajo el efecto alucinador que potenciaban los mismos. Y entre música y jolgorio no tardaron, desde luego, en proponerse los delirios más deslumbrantes. Aquellos que, en momentos de tal

obturación de lucidez general, pensaban, iban a lograr, por fin, al menos una solución honrosa para ganarse sus votos

2

Y empezaron a llegar. Los candidatos de los partidos políticos arribaron, como los Reyes Magos, acompañados de sus séquitos, a cada cual más estrafalario. Y aunque con ligeras variaciones podríamos decir que, al menos en el caso de los cuatro grandes partidos, el desfile de entrada de sus comitivas en la ciudad vino a ser casi calcado. Las caravanas que los precedían tocaban los cláxones de sus vehículos al tiempo que por las ventanillas blandían sus estandartes. Desde algunos de ellos, azafatos adornados con perifollos del partido, lanzaban caramelos, bolis baratos y otras chorradas en los que destacaban la marca y el eslogan de la campaña de la formación, a su paso por las calles entre las gentes que en ese momento circulaban, quienes los miraban distanciados, tan sorprendidos como indiferentes. Solo los niños mostraban su alegría por la bulla y las chucherías. Les seguían, a pie, graciosos saltimbanquis haciendo vistosos juegos malabares y tras ellos la fanfarria con música de viento y tambores acompañados de majorettes lucidas con uniformes militares de fantasía agitando rítmicamente sus bastones al son de la charanga. Un poco más atrás resplandecientes contorsionistas semidesnudos, con antorchas en sus manos, lanzaban de forma muy vistosa el fuego por la boca; los seguían imponentes elefantes (uno de los grupos políticos en lugar de elefantes llevaba camellos) con brillantes atavíos con las enseñas del partido que acarreaban grandes cajas, conteniendo todas sus promesas, envueltas en papel de regalo y lazos de finura, y finalmente la carroza con el candidato principal saludando a diestro y siniestro, agitando los brazos con gestuales movimientos estudiados al milímetro por los expertos contratados, queriendo expresar el amor hacia los demás y que su sacrificio por lo público era por y para el pueblo. Bajo el atrezo de la carriola asistentes agazapados (normalmente seleccionados entre destacados artistas del mundo de las marionetas, muy cotizados para esta labor), ayudaban mientras tanto a sostener y mover los codos levantados de los candidatos, y junto a estos, otros mantenían las forzadas sonrisas de los aspirantes aplicándoles, en un pispás, sin que apenas se notara, con la rápida técnica de los boxes, una ligera máscara

fijadora que permitía mantener ese gesto ganador por otros veinte minutos de forma continuada.

Cada grupo tenía su campa a las afueras, la que había contratado con el municipio, donde se alojaría la troupe los escasos dos días que los candidatos iban a dedicar a la ciudad. Obsérvese que en la mayor parte de los municipios importantes apenas pasaban, con menos equipo y en el mejor de los casos, tan solo unas horas, pero Citoya no solo se había puesto de moda y era el referente a seguir, por otra parte el más incierto; sino que se había acordado con las autoridades de la villa, pues de lo contrario no permitirían su entrada, un debate a cuatro, entre los candidatos principales de los grandes partidos, que sería televisado por Telecitoya, y de ahí, quién sabe, podrían salir las imágenes al mundo entero. Así pues, las distintas comitivas de los cuatro grandes partidos políticos venían con todo lo mejor.

De forma recurrente el poder, a lo largo de las diferentes legislaturas, se había alternado entre los dos grandes partidos: el Amarillo y el Marrón, pero en los últimos tiempos habían tomado un tamaño considerable, haciéndoles frente, el Negro y el Blanco, amén de otra multitud de siglas, algunas históricas otras menos, que con una importante representatividad territorial estaban siendo necesarias para la toma de acuerdos general.

Los representantes municipales habían logrado poner las condiciones para el juego electoral. En el fondo, eran los ciudadanos quienes iban a votar y a elegir a quienes consideraran más idóneos. Habría, por tanto, de ser juego limpio. Y para ello, sabían de antemano, que las condiciones las tenía que poner el pueblo. Así, habían entregado el programa organizado a los partidos, pero no todo. Las pruebas que consideraban fundamentales, que serían exigidas en el debate, las conocerían en ese mismo momento. «Juego limpio», repetía el alcalde, como máximo representante del municipio, que por turno correspondía, y

los de la otra parte, los partidos, tuvieron que aceptarlo. De lo contrario no habría voto alguno en Citoya. Y de eso no tenían duda alguna. Y si no lo había en Citoya, ¡cuidado!, su influencia podía hacer que su gesto se prodigara en exceso al resto del país.

Los candidatos principales de cada partido, ese día, la víspera del gran debate, tenían previsto dormir en los mejores hoteles de la ciudad. Los otros, el resto de los equipos, lo harían en las roulottes, acampados en las zonas previstas. Cada campa se encontraba exactamente en cada uno de los puntos cardinales. Norte, sur, este y oeste de la ciudad. Las fuerzas del orden municipales, que por cierto eran muy suyas, se encargaban de la vigilancia para evitar cualquier escaramuza. Los partidos montaron con rapidez las carpas de su circo en el que anunciaban, con carácter previo al gran debate, actuaciones musicales, de baile, payasos, domadores de perros y gatos sabios, algunos —según decían en los folletos— capaces de cocinar sabrosas paellas y bizcochos al limón; los cuales serían ofrecidos, al terminar, para una cena gratuita con todos los asistentes. Las cabezas de los expertos en marketing de los partidos eran en esos momentos verdaderos crujideros de ideas, pues con el fin de atraer a los citoyanos tenían que ser muy creativos, pero aun así, el más eficaz anzuelo no era otro sino las dádivas. También montaban tómbolas y rifas de objetos que, según decían, estaban pagados del bolsillo de sus propios afiliados, en especial —remarcaban— de los candidatos, porque los ciudadanos de Citoya no se gastaban un duro en sus boletos. Entre espectáculo y rifa, los partidos aprovechaban para encajar, como si nada, algún que otro discurso, pero a los dos minutos la gente salía pitando, como ocurre con las actuaciones callejeras al momento de pasar la boina, por lo que tenían que ser muy cuidadosos con lo que hacían.

Las cenas populares bajo la carpa eran buena cosa, al menos eso pensaban, pues lo que estaba claro era que la gente mientras permanecía en su campa no se encontraba en las de la competencia. A la hora de mayor audiencia, además, como estaba previsto, los candidatos pasaron por sus respectivos circos a saludar a los asistentes, iban acompañados por chavales, y menos chavales,

disfrazados de pajes con los emblemas del partido que acarreaban sacos llenos de pijaditas que seguían lanzando a su alrededor. Sabido era, y los expertos lo remarcaban hasta la saciedad, que los niños eran la clave. Si estos se acercaban, lo harían los padres y abuelos tras ellos. Por eso los detallitos, como ellos los llamaban, normalmente consistían en chucherías, matasuegras, cornetillas, globos y cosas por el estilo, en todo caso bien señalados con las marcas del partido.

3

El gran debate se iba a celebrar como no podía ser menos en la Casa de la Lupe. Desde que se conoció la idea se había hecho construir a destajo, con cientos de obreros y técnicos llegados de todas partes que trabajaban día y noche, un anfiteatro anexo de tres plantas en los terrenos colindantes, con todo lujo de detalles. Entre la propiedad privada y el municipio se había llegado a un acuerdo y aprovechando las ayudas públicas europeas y la financiación ventajosa se aprovechaba el evento pero con la idea de que la obra quedara y fuera beneficiosa para el futuro de Citoya. El magnífico coliseo adosado contaba con zonas unidas al edificio castizo y, en concreto, unos pasillos enlazaban directamente los camerinos de siempre al escenario del nuevo teatro.

Y si bien a los cuatro candidatos a presidente les sobraba el arte de la labia de pacotilla, mentirijillas arriba y abajo —que si la causa lo merece ya se sabe—, curtidos en mil batallas, prometiendo lo imposible —en el fondo daba igual, la cosa es que quedara bonito —; en esta ocasión, no sabían bien por qué, el caso es que Citoya, sus gentes, incluso el formato y el lugar del debate, que no conocían pero del que les habían hablado, les imponía.

Desde primera hora de la mañana, un hormigueo recorría sus cuerpos al mismo tiempo que el equipo de médicos, esteticistas y masajistas personales se esmeraban en acicalarlos y afinarlos para que dieran el mejor aspecto, y en las sedes centrales de cada partido ejércitos de leales interesados se afanaban en repasar la vida e historia de los contrincantes, analizando punto por punto, para encontrar cualquier boñiga perdida.

Lo complicado no era encontrarlas, explicaban los expertos, había

tantas que todo era un cagadal. Lo importante consistía en destacar las más efectivas para utilizarlas en el debate. Que para ilustrar trayectorias inmaculadas ya había otros, como también estaban, a esa misma hora, sudando la camisa, quienes se encargaban en rebuscar las ideas más atrayentes para ofrecer a los votantes, apremiados porque el tiempo se les venía encima, y los jefes se ponían nerviosos porque aún no habían dado con las más vistosas ocurrencias.

Y, con la debida antelación a la hora del debate, hora prime en las rejillas de programación como no podía ser de otra manera ante semejante acontecimiento, los candidatos acompañados de sus mejores equipos fueron llegando a la Casa de la Lupe. Estaba todo tan bien coordinado (y para eso había varias puertas de acceso, contando las de emergencia) que cada grupo fue directamente a su camerino sin que tuvieran que toparse de por medio.

Los organizadores lo tenían todo tan bien preparado que no faltaban los detalles. Cada camerino se había decorado con el color de cada partido. Todo en blanco para los del partido Blanco, en amarillo para los Amarillos, marrón para los de la formación Marrón y negro para el partido Negro. Hasta las flores que decoraban los camerinos llevaban sus colores. Para conseguir las rosas blancas y las amarillas no había habido especial problema, sin embargo las rosas negras habían tenido que llegar desde el mismo sur de Turquía y aunque para las marrones el botánico del comité se había encargado de pedir unas margaritas de chocolate, al no llegar a tiempo, por lo que fuera, se decidió a última hora pintar unas rosas blancas al óleo con un tierra sombra tostada, y así todo quedó de maravilla, al menos para dar el pego —que al fin y al cabo siempre es de lo que se trata—, en el momento oportuno.

En los camerinos solo estaban los que cabían. Decían que eran los imprescindibles, aparte de los propios candidatos, claro. Pero eran tantos —entre técnicos, especialistas, asistentes y huevazos— los

imprescindibles, que al final acababan estrujándose los unos a los otros. Y eran tan grandes los nervios en ese momento que parecían contagiosos, algunos no sabían ni lo que hacían. Iban y venían, chocándose unos con otros, de aquí para allá, desde un extremo al contrario, hablando todos al mismo tiempo —la mayoría para sí—, desde la puerta de entrada al sillón del candidato, que frente al espejo declamaba con elocuencia partes del discurso, mientras el experto en retórica lo corregía y el maquillador, meloso y aspaventero, le daba los últimos retoques para disimular las más rebeldes arrugas, aquellas que aún restaban, despiadadas ante focos insolentes.

Y eso, más o menos, era lo mismo que ocurría en los cuatro camerinos, cuando uno de los mozos de la Mesa del debate aporreaba las puertas y avisaba de los últimos treinta minutos para la salida a escena.

La expectación era muy grande. A esa hora no cabía un alfiler en el nuevo teatro de la Casa de la Lupe, bien adecuado para la ocasión. Las cámaras de Telecitoya ensayaban los mejores planos para no perderse los detalles bajo las órdenes alocadas del realizador, los electricistas a su vez removían los puestos de lámparas y reflectores (que las luces y las sombras, bien se sabe, cambian la apariencia de las personas) y los decoradores y tramoyistas finiquitaban, como siempre, los últimos imprevistos.

Para los que no habían sido tan afortunados de conseguir entrada para ver el debate en presencia cabían otras opciones, como la de la plaza Mayor, que se hallaba también abarrotada. En la plaza se había instalado, bajo una enorme carpa, un graderío que daba a una gigantesca pantalla con multitud de pisos escalonados, de una altura tal que los diseñadores acabaron por incorporar ascensores en cada esquina que subían a las localidades superiores.

Había sido tal el éxito que unos días antes se habían agotado todas las entradas. Tras agotarse las de la Casa de la Lupe la gente se había apresurado a adquirir las de la plaza Mayor, no solo como si se tratara de un concierto de los Stones, sino como si este se hubiera anunciado como el último que fueran a dar para siempre jamás; de modo que desde mucho antes de ponerse a la venta algunos hacían cola con sacos de dormir y provisiones para pasar los días y las noches que hicieran falta para no perderse el ambiente que se avecinaba lo más cerca posible del mismo centro del evento. Desbordados por el éxito y el eco del fenómeno, que había traspasado las fronteras de Citoya, los organizadores tuvieron que habilitar nuevas campas con pantallas gigantes a las mugas del territorio. Los hoteles de la ciudad se hallaban completos, mientras que periodistas venidos hasta de las mismas antípodas formaban largas hileras para acreditarse en los lugares habilitados, al tiempo que en Telecitoya se frotaban las manos por los derechos concertados con las televisiones de medio mundo y brindaban al ver que el tren de las oportunidades paraba, por fin, en su propia estación.

Llegado a este punto alguno, y con razón, se preguntará el porqué de semejante revuelo cuando la gente estaba más que harta de elecciones y patrañas para hacer presidente a individuos en los que, en verdad, ya nadie creía. Que habían acabado pensando que lo mismo les daba los unos que los otros pues todos estaban hechos por la misma pasta. Que los términos: derecha, izquierda, adelante y atrás, no eran ya más que quimeras convertidas en reliquias por causa de la globalidad y del imparable sistema económico supranacional y que ahora solo servían para la canción. Mirándolo objetivamente al final todos eran iguales. Unos ególatras ambiciosos tan troleros como fuleros. Cajas muy bien presentadas con bonito papel de regalo pero inciertas en su interior.

Pues sí, amigo, había un secreto. El mismo que acongojaba —o sea, que acojonaba, seamos claros— a los pretendientes. Nadie conocía el formato del debate, salvo los organizadores. A diferencia de todos los realizados hasta ese momento, en el mundo moderno, bajo

pautas acordadas con los equipos de los candidatos, en el presente caso tendrían que pasar por las pruebas que el jurado popular, que conformaba la Mesa del comité, tuviera a bien proponer para comprobar las verdaderas actitudes y aptitudes para el ejercicio del cargo al que se postulaban. Pruebas que, previamente, como en cualquier examen que se precie, desconocían. Y eso, quieras o no, le daba un morbo al asunto electoral como nunca antes había existido.

Los partidos lo habían tenido que acabar admitiendo, pues en caso contrario se presagiaba que nadie iba a votar. Al menos en Citoya y ya hemos explicado el influjo que esto hubiese tenido.

La función estaba a punto de comenzar.

4

«¡Señoras y señores, la función va a comenzar. Guarden silencio y apaguen los móviles, por favor!».

Las palabras del presentador de voz redonda, micrófono en mano, en medio del escenario, retumbaron por todos los altavoces de la sala apagando el murmullo del graderío. Vestía una chaqueta dorada muy ajustada, con chiribitas que destellaban al reflejo de los focos, por encima de una camisa blanca con chorreras cuyo cuello lo anudaba una pajarita violeta, y unos pantalones negros, también ajustados, a cuyos costados destacaba el brillo de sendas líneas verticales de reluciente negro sedoso, cayendo sobre unos lustrosos botines puntiagudos y atigrados. A pesar del maquillaje, al quitarse el sombrero, el resplandor sudoroso, producto del calor del gentío, las lámparas y la tensión, resaltaba refulgente por su redondeada cabeza pelada, y parecía centellear al ritmo en el que lo hacían las estrellitas luminarias reflejadas por el arete de oro que lucía en la perilla de su oreja izquierda. Era el presentador estrella de Telecitoya, de refinados gustos preciosistas, que suscitaba pasiones entre sus seguidores, siempre demostrando su buen hacer y profesionalidad.

En el escenario esperaban cuatro atriles de cristal con la base del color de cada partido. Por encima de las tablas una suntuosa balconada acogía al coro y la orquestina. Frente a todo ello, la Mesa adornada del comité o jurado popular presidida por el alcalde rotatorio y seis miembros más elegidos entre las mejores lenguas viperinas de la villa; daba la imagen de esos concursos televisivos de moda, en los que los artistas aspirantes actúan bajo el severo rigor de su yugo. Tras la Mesa, un cordón de seguridad formado por una doble fila, una con los escoltas privados y otra de las fuerzas del orden municipales, con todo tipo de material antidisturbios, y

un poco más allá, el público afortunado que llenaba todas las plazas disponibles, en el moderno anfiteatro de tres alturas decorado con flores y aromatizado con finas esencias para la ocasión, se abanicaba impaciente con el programa del acto. En la planta superior, la más económica, habían desplegado ya sobre la balaustrada del gallinero, antes de comenzar el acto, una enorme pancarta con grandes letras, que indicaba: «BOICOT ELECTORAL».

Como si de una representación de ópera se tratara se esperó a que el silencio sepulcral se produjera en el recinto y fue entonces cuando el coro comenzó a dar la bienvenida con cánticos celestiales tras los cuales se fueron introduciendo los instrumentos musicales. Y en el momento en que estos quedaron reducidos a un ligero rumor, con un continuado repiqueteo de la caja del tambor, el presentador anunció la primera entrada: «¡Con todos ustedes, el candidato del partido Blanco!». Este salió dando saltitos y levantando las manos al público con un efecto muy pugilístico. Los timbales retumbaron con fuerza acallando los silbidos del respetable. Sucesivamente ocurrió lo mismo con el resto de candidatos, excepto en lo que concierne a los saltitos, pues no todos estaban en las mismas condiciones físicas, por lo general lamentables. Así, el tamboril repiqueteo circense daba paso al presentador para anunciar, uno por uno, la entrada en el plató de cada contendiente a la presidencia del Gobierno, y estos salían ufanos y triunfantes empinando los dedos en señal de victoria mientras los timbales y bombos tronaban acallando las pitadas.

Una vez cada orante se hubo colocado tras sus correspondientes atriles, el presentador explicó que por el orden que había tocado en el sorteo previo cada representante político tendría un minuto escaso para decir cuanto deseara a modo de introducción. El público refunfuñó con cierta ostentación. No era algo que agradara al respetable, estaba claro. «¡Ya sabemos todo lo que dicen!» se oyó a uno chillar entre el público. «¡Menos rollos y mentiras!», exclamó otro. El presentador, no obstante, pidió tranquilidad y en un momento de cierto apaciguamiento pasó la palabra a los candidatos para que comenzaran sus introducciones por el orden que había

correspondido.

Junto a los atriles, unas mesitas, también de cristal, sostenían un vaso y una jarra transparente conteniendo ginebra de garrafa que los organizadores habían tenido a bien ofrecer no solo para humedecer la sequedad del hablar, sino como solución a cualquier eventual atasco discursivo de los candidatos en los momentos más propicios así como por el potencial del producto cuyo consumo moderado ablandaba corazones y aturdía las mentes con el consiguiente efecto pro veritas, al tiempo que desinhibía y daba buen rollo. Además, si se pasaban y hacían luego demasiadas tonterías, al día siguiente no se acordaban de nada; y por otra parte, de cara a la galería —hay que recordar que era televisado en directo no solo a nivel nacional sino internacional, en horario prime, y había que andarse con cuidado para no herir sensibilidades —, tenía la ventaja de parecer que era simple y bendita agua del grifo.

Al primero que había tocado hablar era el representante del partido Marrón. El candidato, con toda solemnidad se volvió hacia la mesita, cogió la jarra y se sirvió sobre el vaso. El silencio, que ahora sí era absoluto, y la magnífica ingeniería de sonido, hacían oír perfectamente por los altavoces el ruido del líquido que se vertía llenando el recipiente. Con elegante parsimonia de movimientos luego tomó el vaso con su mano derecha mientras los ojos del público, que abarrotaba el recinto, lo seguían atento con un profundo mutismo y los otros tres candidatos lo escrutaban sigilosos con las cabezas dirigidas hacia él. Finalmente, como si se tratara de enjuagarse la boca reseca sin más, echó un largo trago al tiempo que un tic involuntario hizo que cerrara la vista y experimentara un ligero escalofrío al sentir el tenaz recorrido del brebaje a su paso por la garganta —las cámaras, hay que decirlo, lo captaron con una gran profesionalidad—, y tras volver a dejar el vaso sobre la mesa iba a dar comienzo el gran debate electoral.

5

—Ante todo, muchas gracias —dijo el del partido Marrón—. Quiero comenzar mi intervención dando alegrías y satisfacciones. Sí, vuestro voto no va a ser en balde. ¡Os lo prometo! Que conste en acta: ¡Tras el nuevo Gobierno, la primera nómina que recibirán todos los empleados llevará una paga extra! Y quienes no trabajen por cuenta ajena, o por lo que sea, pues… recibirán un cheque regalo. Sí, lo habéis oído bien, pero eso no es todo. He ordenado a mi equipo técnico prepare la forma para que, desde ese mismo momento, toda las personas, tengan la edad que tengan, reciban una bicicleta. Es saludable, no contamina y se lo pueden pasar en grande.

—¡Yo prefiero un patinete! —gritó alguien desde un lateral de la segunda planta.

—¡Bien! Veremos cómo lo arreglamos —risas—. Lo que importa es que se note la diferencia. Que quede a todo el mundo claro: ¡Cuando gobierna el partido Marrón la felicidad es de cajón!... Je, que conste que no estaba preparado

—¡Mentiroso! —lo increpó el del partido Amarillo—. ¡Si desde que estáis gobernando no habéis hecho nada!

—¿Quiere respetar mi intervención y esperar a su turno? —espetó el Marrón.

—Por favor, señores, no se interrumpan —dijo el presentador.

—¡Corrupto! —gritó un espectador.

—¡Que comience la prueba de verdad! —chilló otro.

El del partido Marrón consumió su turno sin que aportara nada más que valiera la pena. Volvió a llenar el vaso y se lo tomó todo de un trago. El tic, esta vez, fue tan exagerado que recorrió todo el cuerpo, desde la cabeza a los pies, hasta tal punto que el presentador, lo más discreto posible, agitando las manos, como si cualquier cosa, dijo:

—Si alguno quiere orinar puede ir. —Los cuatro se miraron entre sí pero nadie se movió, por lo que a continuación pasó la palabra al del partido Blanco.

—Muchas gracias. Pues nosotros lo primero que haremos será construir un muro que recorra nuestras fronteras, que todos esos que vienen no nos traen más que virus patógenos y encima se llevan los empleos y las pensiones. —Hizo una pausa para tomar un buen trago y continuó su diatriba—. Solo dejaremos entrar a quienes vengan con dinero y su primer trabajo será precisamente el acabado de la muralla.

—¡Mamón, que tu abuelo fue emigrante antes de ladrón! —Otro grito procedente del gallinero, pero el del Blanco, siguió sin inmutarse:

—Y obligaremos a comprar exclusivamente productos nacionales. Bueno a las importaciones les aplicaremos unos aranceles que te cagas…

—Luego querrás exportar, claro —dijo el del partido Amarillo.

—¡Vosotros que sois unos tibios, fantoche! —le contestó el Blanco.

Pronto se armó la marimorena entre ambos y sin más aportación que merezca destacar terminó su minuto, dando paso al del partido Negro, que antes de comenzar su intervención se tomó el tercer trago, pues al parecer lo había cogido con gusto. A continuación y durante un buen rato se quedó mirando al público, en silencio, con una gran sonrisa.

—¡Que se te pasa el tiempo, capullo! —gritó alguien.

—Muchas gracias a todas y todos.

Luego se puso la mano en la frente a modo de visera y recorrió despacio la vista desde un lado al otro del teatro, elevando con el medio mutis el intríngulis.

—¡Nosotros tenemos la solución! —dijo por fin—: El algoritmo de la igualdad.

—¡Toma ya! —saltó el del Marrón, que no se pudo contener.

—¡Jodeeeer! —se le escapó al del Amarillo.

—Como lo oís, en primicia. Se aplicará a cada ciudadano. En cuanto un salario pase de una cuantía X, el resto se distribuirá entre los demás. Con el patrimonio se hará igual, hasta que todos tengamos lo mismo.

—¡Toma ya! —repitió el Marrón—. Nos presenta la píldora que ya fracasó en el pasado.

—¡Lo que es de todos no es de nadie! —gritó uno del público…

—¡Sí. De los dirigentes! —Se oyó otro bramido.

—Que nosotros estamos limpios. —Levantaba, el del Negro, los brazos enseñando las palmas de las manos—. ¡Nunca nos han podido tachar de corruptos. No como a otros!

—¡Tongo! —exclamó otro del público.

—¡Y a nosotros tampoco, coño! —dijo el del Blanco, levantando el dedo hacia el cielo.

—¡No te giba, si no habéis gobernado nunca! Pero como eso ocurra, tiempo al tiempo… —saltó el del partido Marrón.

—¡Mujeres al poder! —Se oyó una voz de mujer procedente del graderío.

—Sí —aprovechó el corte el del Negro—, porque con nosotras y nosotros, los ciudadanos y ciudadanas, sean funcionarios o funcionarias, trabajadores o trabajadoras, tengan niños o niñas, bebés o bebás… serán iguales ante la ley, el reglamento, la reglamenta, el sursuncorda o la sursuncorda.

—¡Menos charlatanería barata! —Nuevamente la misma voz de mujer.

—¡Para una empresa que montaste se fue a la quiebra! —gritó alguno.

—Lo jura, quiero decir, lo juro… —Volvió el del Negro y tras decir eso cogió el vaso para un traguito, pues notaba los labios resecos para continuar, pero el presentador lo cortó:

—¡Tiempo!

—¡Mamarrachos todos! —Se oyó una estridente voz ronca, en medio del silencio de la pausa, que procedía de las primeras filas de butacas, al tiempo que un objeto volador chocaba con el escudo que uno de los policías del cordón de seguridad, con buenos reflejos, había logrado detener.

El público se acaloraba cada vez más.

—Tranquilidad por favor —pidió el presentador secándose la cabeza con un pañuelo de puntilla, dando paso al del partido Amarillo, que tenía ya la jarra medio vacía (o medio llena, según se mire).

—Partido Amarillo, por favor.

—Gracias. Queridos conciudadanos es mi deseo haceros partícipes, en este mismo momento, del cambio trascendental que el país y su gente, van a experimentar cuando ganemos estas elecciones. Se acabarán los desasosiegos, la corrupción, el paro, las esperas médicas, incluso los dolores de muelas… Sí, porque cada ciudadano tendrá asignado, las veinticuatro horas del día, un dentista que llevará, si fuera preciso y de forma escrupulosa, el control de sus caries. Con tu voto se acabarán los problemas. El cambio ha llegado para quedarse pues ya nunca será como antes. Las calles se llenarán de gente feliz y sonriente. ¡Vota al partido Amarillo!

—¡Corruptos! —gritó una.

—¡Cuentistas! —dijo otro.

—¡Mujeres candidatas es lo que hace falta, y menos chulería! —chilló alguno.

—¡Eso! —dijo otra.

—¡Tongo! —gritaron de nuevo.

Y sin más que reseñar el presentador que, cada vez más sofocado a pesar de los climatizadores, se aireaba con refinado estilo con un esplendoroso y llamativo abanico que acababa de sacar de la manga, daba por terminada la primera parte del debate, dando paso a la segunda, lo que supuso el aplauso del respetable y la irrupción de una alegre música circense a cargo de la orquesta.

Sin embargo el del partido Amarillo levantó la mano pidiendo la palabra. La música se detuvo en seco y el público enmudeció para ver qué pasaba.

—Por si acaso y antes de seguir adelante, he traído mi currículum, por si lo tienen a bien…

—¡Y yo! —dijeron los otros tres, casi al unísono.

El presentador miró al presidente de la Mesa y este con voz en off (especial de concurso) sentenció:

—No son de recibo los currículums, señores, pues habiendo sido falseados en muchos casos anteriores, este comité ha decidido no tenerlos en cuenta y basar las aptitudes de los candidatos en las improvisadas pruebas con una base más sólida y comprobada por esta Casa de la Lupe al cabo de su larga historia.

Terminada la resolución de la Mesa, el público acogió con una fuerte ovación la misma y la orquesta volvió con fuerza a proseguir con la alegre música de circo.

6

En cuanto el presentador, en medio del escenario, levantó el brazo, cesó la música festiva y entonces, con esa voz aterciopelada que lo caracterizaba, dijo:

—Tras esta introducción, ahora, el presidente de la Mesa va a explicar en qué consistirán los siguientes pasos. Por favor, señor presidente.

—Muchas gracias señoras y señores; señores candidatos. —El alcalde rotatorio, en calidad de presidente de la Mesa rectora del debate se puso en pie, micrófono en mano, y dijo con cierta solemnidad—: En representación de este comité y de la ciudad de Citoya, he de manifestar que tras largas deliberaciones, con el fin de buscar la fórmula más idónea para que los ciudadanos sepan a quién elegir, de manera sensata y cabal, para ejercer las atribuciones de la presidencia del Gobierno en la próxima legislatura; se ha pensado que nada mejor que someter a los mismos a la realización de unas sencillas pruebas que si bien ellos desconocen, darán una idea más clara de sus aptitudes para el cargo.

Hizo una breve pausa y un rumor se extendió por todo el teatro, luego prosiguió:

—Así pues, aquí tenemos cuatro sobres cerrados y lacrados con las pruebas. Todos ellos son iguales, sin embargo su interior es muy diferente, pues cada uno de ellos trata sobre temas muy distintos. Los candidatos se someterán a los ejercicios de dos de ellos, los que

sean elegidos al azar por una mano inocente.

El presidente de la Mesa, que seguía puesto en pie, mostraba los sobres agitándolos con ambas manos levantadas. Era tal la emoción de sus gestos y palabras que lograba transmitir la misma al respetable:

—Un sobre contiene pruebas que hemos denominado de Cultura General, otro se refiere a Habilidades, en otro se describen lo que llamamos Pruebas Físicas y finalmente otro sobre Gestión, si esta es importante para que marche un hogar o una pequeña empresa, qué no será para todo un país. Sin embargo, como decimos, no se angustien señores candidatos, solo se someterán a dos de ellas al azar. Una mano inocente cogerá los dos sobres, por tanto, de las pruebas a realizar a continuación.

Los líderes políticos sudaban de lo lindo, se habían quitado las americanas y con claros signos de haber sido abandonados por sus desodorantes, mostraban un reguero húmedo en las camisas a la altura de los sobacos, recurriendo con cierta frecuencia a aplacar los nervios a base de traguitos.

El presidente de la Mesa entregó los sobres al presentador quien volvía a mostrarlos al público y a las cámaras, al tiempo que señalaba que, como se podía comprobar, eran absolutamente iguales: blancos, sin inscripción alguna y lacrados al reverso. Luego se acercó hasta las primeras filas de las butacas:

—A ver algún niño. ¡Vaya, no hay ninguno por aquí, en las primeras filas! Bueno, usted misma señora.

—¿Yo? —dijo asustada una mujer regordeta con cara redonda, ahora enrojecida, y simpática.

—Sí. Usted misma… —Las cámaras seguían el movimiento de los sobres con todo detalle—. Tiene pinta de ser buena persona y de no ser culpable de nada. —La mujer, aún más colorada, lanzó un suspiro, cerró los ojos, como si abiertos perdieran la inocencia y tomó un sobre.

—Muy bien. Ahora usted, por favor, coja otro —dijo a una joven que se encontraba junto a la señora—. ¡Perfecto!.

El presentador mostrando con la mano derecha levantada los dos sobres elegidos, devolvió los otros a la Mesa y se encaramó, de un salto que demostraba cierta agilidad, en el escenario. A lo largo de este, unos empleados del teatro cercaban con grandes cuerdas su perímetro formando un cuadrilátero a modo de un ring de boxeo. En el interior de cada uno de sus vértices colocaron unos banquillos y el presentador llamó a los equipos de los contendientes. Estos se sentaron en los banquillos y sus asistentes, algunos en traje y otros en chándal con toallas colgadas de sus cuellos, por la parte exterior, les infundían ánimos, los asesoraban, masajeaban y les aplicaban algunas cremas reparadoras. Junto a cada vértice llevaron también las mesitas con los correspondientes vasos y jarras de brebaje transparente.

—Bien. Tenemos las dos pruebas elegidas… Abrimos el primer sobre… ¡Chan, chan!…, —la caja del tambor repiqueteaba dando una pizca de suspense. El auditorio enmudecía—. ¡Pruebas Físicas! ¡Ay! Una prueba, por cierto, muy divertida… Se basa precisamente en actividades competitivas tradicionales de esta Casa de la Lupe. Con ellas los ciudadanos podrán conocer, de primera mano, el estado de los candidatos.

—¡Solo fachada! —gritó una desde el graderío. .

—En este caso —siguió el presentador de la voz redonda—, se trata de dos pruebas en las que los cuatro candidatos competirán. La primera de ellas es óptima para conocer el grado de dureza y equilibrio ante situaciones comprometidas... Nada existe mejor para ello como una espectacular carrera de sacos. Prueba tradicional, de toda la vida, de esta casa, conocida por su especial dureza y mantenimiento del equilibrio. Y si alguien no lo ha hecho nunca que la pruebe y verá cómo es muy cierto lo que digo.

Unos empleados del teatro, provistos de sacos, se acercaron a los equipos de los políticos para hacerles entrega de los mismos con las explicaciones pertinentes para su colocación, al tiempo que otros abrían uno de los costados del cuadrilátero y dibujaban el recorrido.

—Si son tan amables, por favor, señores candidatos —dijo el presentador—. Pueden colocarse en este lado, que será la salida. Como pueden ver, tras salir del escenario bajan por esas escaleras, ¡con cuidado, eh!, y luego siguen por el pasillo de la derecha del público de las butacas, para regresar por el pasillo del medio de nuevo hasta el centro del escenario donde estará la línea de llegada. Les deseo la mejor de las suertes.

—¡Ave César! —Se oyó gritar a alguien desde el gallinero.

—¡Ave María Purísima! —corrigió otra.

El candidato del partido Blanco se levantó el primero, pero tras unos pasos, se volvió haciendo un gesto a su gente para que llenaran el vaso de la mesita, se lo dieron y se lo tomó de un trago. El Amarillo, que lo miraba, hizo un gesto afirmativo, demostrando valentía, posó los ojos en su vaso y lo vació de un trago, como un preciado vaquero del Oeste. El del partido Negro que no había dejado de sostener su bebida entre sus manos recostado sobre su bancada escuchando a su equipo, anonadado, se tomó lo poco que le quedaba antes de levantarse. El del Marrón tras tomar su trago se sujetó con firmeza a las cuerdas esperando que el tic pasara más inadvertido estando sentado.

—Muy bien —dijo el presentador—. Pónganse por favor los sacos y colóquense, si son tan amables, en la línea de salida.

La música circense de la orquestina hacía sonar una pieza alegre.

—¿Estamos? —preguntó el presentador.

Los candidatos, en camisa y con corbata, levantaban ojitos cariacontecidos.

—Esto no sé si es lo mío —se oyó decir al del Amarillo.

—Yo tampoco lo he hecho nunca, pero no creo que sea tan difícil —dijo el del Negro.

—Yo llevo toda la semana, con la campaña electoral, sin pisar el

gimnasio —dijo el del Blanco.

El del Marrón, con la cara enrojecida, no dijo nada. Daba saltitos.

—¿Preparados? —preguntó el presentador, con el brazo levantado a punto de dar la salida.

Ninguno contestó. El del partido Marrón sonreía lívido. El del Blanco sacaba pecho, el del Amarillo no sabía cómo esconder la cabeza, y el del Negro se rascaba la nuca.

—Cuando toque el silbato comienza la carrera. ¡Preparados, listos!... — El tamboril sonaba trarrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrrr…

Y el pito sonó estridente dando paso al clamor del público divertido

A pesar de hallarse desentrenados el orgullo sacaba fuerzas de lo más profundo y conseguían, bajo los gritos de sus equipos, avanzar a duras penas, pero al llegar a las escaleras todos se vinieron abajo rodando por las mismas. Los asistentes se acercaron para ayudarles. Los silbidos del público sobresalían por encima de los aplausos. Tras la reanudación, a los primeros saltos los dos candidatos de cabeza se caían tropezándose entre sí. Al quererlos evitar, el siguiente, acabó encima de los que aún continuaban en el suelo, y luego el siguiente. Todos a rastras por la moqueta se intentaban reincorporar con grandes dificultades. El del Blanco conseguía llegar a la primera curva del pasillo en primer lugar pero al tomar la siguiente acabó despatarrándose (con las piernas dentro del saco, claro). El público jaleaba a los contendientes a presidente del Gobierno como nunca antes lo había hecho, los animaban enfervorecidos y los aplaudían

viéndolos las más de las veces rodando por el suelo.

Al regreso por el pasillo central los cuatro se hallaban derrengados, apenas les quedaba fuelle para continuar. El público los animaba, también el presentador. A pequeños saltitos conseguían avanzar de manera lastimosa. Ninguno pudo terminar la prueba. Los cuatro equipos tiraron la toalla al ver desfallecidos a sus líderes. El presidente de la Mesa suspendió la prueba y autorizó a los equipos ir a recoger a los candidatos en unos carritos de portaequipajes.

—Bueno. Un aplauso para los candidatos. Al menos lo han intentado. Tomen asiento y resuello, por favor, pues viene otra prueba —dijo el presentador mientras unos asistentes conducían en los carritos a sus líderes hasta los banquillos y otros los abanicaban agitando las toallas.

—¡Esto sí que es un verdadero debate! —dijo alguien entusiasmado.

—La segunda prueba física —comentó el presentador— es otra de las características de la Casa de la Lupe. De toda la vida, también. —Los candidatos abatidos sobre las respectivas bancadas escuchaban con impaciencia mientras los asistentes los ventilaban con cualquier objeto maleable—. Se trata de mostrar nuevamente la fortaleza, el equilibrio y la generosidad y solidaridad del individuo. Una prueba muy práctica para todo ello.

Unos empleados cerraban de nuevo el cuadrilátero y el presentador continuó con su explicación:

—Dos candidatos cargarán a sus espaldas a los otros dos, pero con

el fin de minimizar el esfuerzo, el comité ha acordado recortar el itinerario. En lugar de hacer el mismo recorrido de antes solo consistirá en hacerlo de un lado a otro del cuadrilátero. A cada vuelta los dos de arriba cargarán a los que antes hacían de caballos. Y así se irán turnando con el fin de que cada uno haya corrido con los otros tres a cuestas. Se cronometrará el tiempo total para conocer a los más rápidos y habilidosos en esta prueba. Para ver quiénes salen primero lo haremos jugando a los chinos.

Cada candidato enseñó el puño donde podía contener una moneda, dos o ninguna. Los dos que acertaron antes la suma de monedas que contenían entre los cuatro fueron los primeros en correr con los otros a cuestas. Al final todos tenían que correr tres vueltas completas, una con cada uno de los adversarios políticos.

El público aplaudía a rabiar viendo a los candidatos deslomarse con la carga, ciertamente considerable, de los otros a cuestas. Hubo varias caídas, incluso en un momento se vieron a los cuatro patas arriba por el suelo. En un desafortunado trompicón, el del partido Amarillo, que cargaba al del Marrón, se vino abajo con el consiguiente porrazo de ambos por la moqueta del escenario. Entonces, cuando el del partido Negro, que portaba al del Blanco, hizo un amago para intentar zafarse de los caídos, acabó tropezando y ambos, igualmente, rodaron por el suelo. El del Negro se levantó con airadas protestas señalando que le habían puesto la zancadilla.

—¡No hay derecho! —clamaba al cielo y el público silbaba y protestaba.

—¡Calma, señores! —decía el presentador.

—¡Tongo! —gritó alguien desde la segunda planta.

La competición acabó en tablas.

A continuación, el presentador anunció unos minutos de descanso para que los candidatos tomaran aire y pudieran prepararse para la siguiente prueba con sus equipos respectivos. También para que el público, que por fin se lo estaba pasando en grande en un debate electoral, pudiera pasar por el ambigú de la Casa de la Lupe o hacer lo que a cada cual le viniera en gana.

7

Habilidades. Todo el mundo hablaba sobre ello. Que si consistiría en tal o en cual, que si veían flojos a los contendientes. En fin, el caso es que se formaron varias porras en el ambigú de la Casa de la Lupe acerca de los pronósticos por los que la gente apostaba sobre quién sería el ganador del debate electoral.

A los equipos de los candidatos, a poco de comenzar el descanso, ya se les había comunicado en qué iba a consistir la prueba con objeto de que pudieran tener a mano los elementos que consideraran apropiados para ejecutar la misma. La efectividad de los partidos políticos para conseguirlos, por consiguiente, podría decirse que era parte de la prueba.

Mientras tanto, dentro del cuadrilátero, unos empleados habían trazado con espray de tinta blanca temporal —de esa que usan los árbitros en competiciones deportivas para marcar las faltas—, cuatro círculos. El presentador, de vuelta al escenario y tras las advertencias de rigor por los altavoces, explicó:

—Cada candidato tendrá que proceder a mostrar a los ciudadanos, cualquier habilidad que pueda tener, sea la que fuere, salvo la del uso de la voz, bien por plasticidad, motricidad, destreza o cualquier otra que considere conveniente mostrar. Para ello sus equipos, en lo que duraba el intermedio, han tenido que conseguir los elementos que, en su caso, necesiten para hacer la prueba... Tendrán cuatro minutos para proceder con el ejercicio de sus habilidades y siempre dentro del círculo que corresponda a cada uno. ¡Música maestro!

La música comenzó a sonar, viento y percusión llenaban la sala de alegres compases al tiempo que los candidatos se ponían en pie, alentados por sus equipos y un tanto contentillos por la ginebra de la garrafa, y se introducían en los círculos con los elementos que, en su caso, habían logrado conseguir para el ejercicio de la prueba.

—¿Preparados? —preguntó la voz aterciopelada.

Nadie contestó. Los cuatro líderes concentrados esperaban el pitido que enunciara el comienzo de la prueba. ¡Piiiiiiiiiiiii!

Con todo su afán, los candidatos a la presidencia del Gobierno de la nación, se pusieron manos a la obra para deslumbrar a los espectadores con el fin de conseguir sus ansiados votos. Sabían perfectamente que cualquier cosa que hicieran diferente podría cambiar el ánimo de los votantes, hartos e indecisos hasta el último momento. Había que ganárselos. Como fuera, y aunque fuera de penalti y en el último segundo del descuento —decía un comentarista deportivo—. Era la mejor oportunidad. Los ciudadanos les estaban en ese momento viendo. No solo eran los privilegiados que se encontraban en el nuevo teatro de la Casa de la Lupe, o los que estaban, poco más allí, tan cerca del olor de la arena, en los tinglados montados en la plaza Mayor o en las campas del extrarradio, sino los millones de personas que estaban siguiendo en directo el gran debate electoral, que algunos periodistas lo habían bautizado ya como EL DEBATE DEL SIGLO.

El del partido Marrón comenzó a hacer malabarismos con tres manzanas sobre sus manos. El del partido Blanco tocaba una pandereta golpeándola con la rodilla, con el trasero, con la cabeza y haciendo largos redobles con el dedo humedecido. El del partido Amarillo, por su parte, asombraba al público dando vueltas a lo largo de su círculo con las manos en el suelo y los pies en lo alto

haciendo el pino; mientras que el del partido Negro se colocaba en medio de su recinto circular sobre un solo pie y el otro apoyado de lado sobre la rodilla de la pierna anclada al suelo, los brazos extendidos luego los recogía e imitaba tocar la flauta —a la postura de Ian Anderson al frente de la banda Jethro Tull, en sus mejores tiempos—, hasta que perdió la estabilidad —que los traguitos ya se sabe, no ayudaban para eso—, y se pegó un lechón tal que, al caer, hizo perder el equilibrio al del Amarillo que, a su vez, se desplomó sobre el de las manzanas que rodaron por el suelo con tan mala suerte que acabó pisando una el del Blanco terminando de igual forma, patas arriba por la moqueta, pandereta en mano, mientras el respetable enloquecido se destornillaba de risa viendo a sus líderes en semejante situación.

—¡Tablas! —cortó el presentador—. Un aplauso por favor. Lo han intentado —decía mientras los candidatos, todavía en el suelo, se echaban las culpas unos a otros.

El público por fin disfrutaba con un debate honesto y sincero.

A continuación vendría la prueba final. El comité había percibido que con tanto desmadre —y tanto sorbito—, no solo habían los candidatos perdido el miedo escénico sino también la vergüenza. Estaban en ese momento de empezar a traspasar el puntito del contentillo, previo a la cogorza, que el servicio médico de los organizadores, muy ávidos ellos, habían ya detectado, aunque en verdad no hacía falta ser de la científica para darse cuenta de que los candidatos, estando por los suelos, se encontraban la mar de bien andando a gatas; motivo por el cual aconsejaron al comité acortar las pruebas en lo posible. Así pues, dejaron descansar a los líderes políticos mientras el coro y la orquestina interpretaba marchas alegres y el público se lo pasaba en grande, hasta que por fin, tomaron una decisión por lo bajini: acortarían la prueba de las habilidades y suspendían la siguiente que consistía en bailar un tango por temor a las consecuencias del estado de los candidatos.

El presentador de la voz redonda, no obstante, supo salir bien para que el público no lo notara y anunció que venía la prueba definitiva. Otra típica de la Casa de la Lupe. El karaoke.

Los círculos fueron sustituidos por una línea en medio del cuadrilátero. Los líderes candidatos tendrían que ponerse a lo largo de la misma, cara al público y cantar las canciones que tocara la orquestina. Entre tanto golpe, y sorbo tras sorbo, era tal el estado deplorable de los cuatro presidenciables: camisas sueltas enseñando el pecho —o la camiseta— por encima de los pantalones, descorbatados, —alguno aún llevaba colgando la corbata del cuello, otras aparecían tiradas por el suelo—, yéndose por peteneras en lugar de cantar lo que correspondía, dando gritos, echando riau-riaus, y bailando desmadrados que el del partido Blanco, sin que nadie se lo pidiera, comenzó a hacer estriptis y el del Negro lo animaba dando vueltas y palmas a su alrededor. El del Amarillo soplaba un matasuegras de su campaña electoral y el del Marrón seguía con los tics que recorrían todo su cuerpo, de arriba abajo, cuando la orquestina comenzó a interpretar la Macarena que los candidatos, como locos, se prestaron a canturrear bailando desenfrenados…: ¡Dale a tu cuerpo alegría Macarena. Hey Macarena!…

El del partido Blanco se había crecido tanto mostrándose en calzoncillos que pidió a los de su equipo una banda con los colores de su partido que se colgó en bandolera, como si de una miss se tratara, y saltando del cuadrilátero se encaminó hacia el pasillo, seguido y protegido por el personal de seguridad, mientras el público silbaba y pataleaba escandalosamente. Los otros candidatos no querían ser menos. Se desvistieron quedándose en paños menores y salieron también al pasillo central del teatro.

Mientras sonaba la música, en medio de la locura, los líderes

políticos hacían el paseíllo lanzando besos imaginarios en medio de tumbos de lado a lado, en ocasiones sujetados por las fuerzas del orden y los escoltas que hacían un cordón a lo largo del pasillo. El público les lanzaba lo primero que tuvieran a mano hasta que los objetos fueron más contundentes, como algunos zapatos, y protegidos por los escudos de los antidisturbios regresaron al escenario levantando las manos con el signo de la victoria, y desde ahí, echando besos y flores al aire, a diestro y siniestro, volvieron a hacer vibrar al son de la música sus endiabladas barrigas que colgaban sobre los gayumbos de vivos colores, mientras la orquestina acentuaba la Macarena: ¡Dale a tu cuerpo alegría Macarena! ¡Heyyy Macarena! Tuuuuurú…

Los periódicos de Citoya, del país y del mundo entero recogieron, al día siguiente, en portada, el original debate. Como siempre ocurre en estos casos, dependiendo el color del medio en cuestión, la impresión había sido totalmente diferente. Cada medio barrió para sus adeptos, dando por ganador al candidato según el prisma de quienes los sustentaban. Así que todos ganaron y perdieron. Durante una semana más, antes del día electoral, los medios de comunicación siguieron hablando del debate del siglo. En suma, hubo infinidad de debates sobre el debate y opiniones para todos los gustos basadas en los condicionantes previamente dichos. Eso sí. Por primera vez, se decía, el público de a pie había disfrutado y había visto y oído la verdad de unos candidatos electorales. Que luego, como es sabido, estos acaban siempre diciendo e interpretando lo que el pueblo ha dicho. Cada uno a su manera. Pero el pueblo, al que entonces llaman sabio aunque lo tomen por tonto, sin embargo, vaya usted a saber lo que ha querido decir. Probablemente algo totalmente diferente a lo que los candidatos generalmente interpretan a su favor, o en otras palabras: arrimando el ascua a su sardina.

LA DULCE ESPÍA NAVARRA:

EL GRAN DEBATE ELECTORAL:

El caso Lezurrieta (2017)

Tiempos de Bruma. El crimen de Lourdes Txiki (2018)

El último baile del Lusitania (2020)